

VISTO Y OIDO ★ 545 años sin que llamen al relojero ★ por PREMIANI



La REINA INGLESA
CABDURA
ENVENENO a su
MARIDO el REY y
SE REFUGIO en
FRANCIA,
DONDE DERROCHO
TODOS SUS TESOROS;
fue GOBERNANTA
de UNA
ABADIA, la EXPULSO
por su MALA CONDUCTA
CARLOMAGNO
y TERMINO PIDIENDO
LIMOSNA en
PAVIA.

LA REINA MENDIGA

Los INDIOS
SE HACEN
ESCUDOS
con la PIEL del
TAPIR,
TAN DURA,
QUE RESISTE
a LAS
FLECHAS.



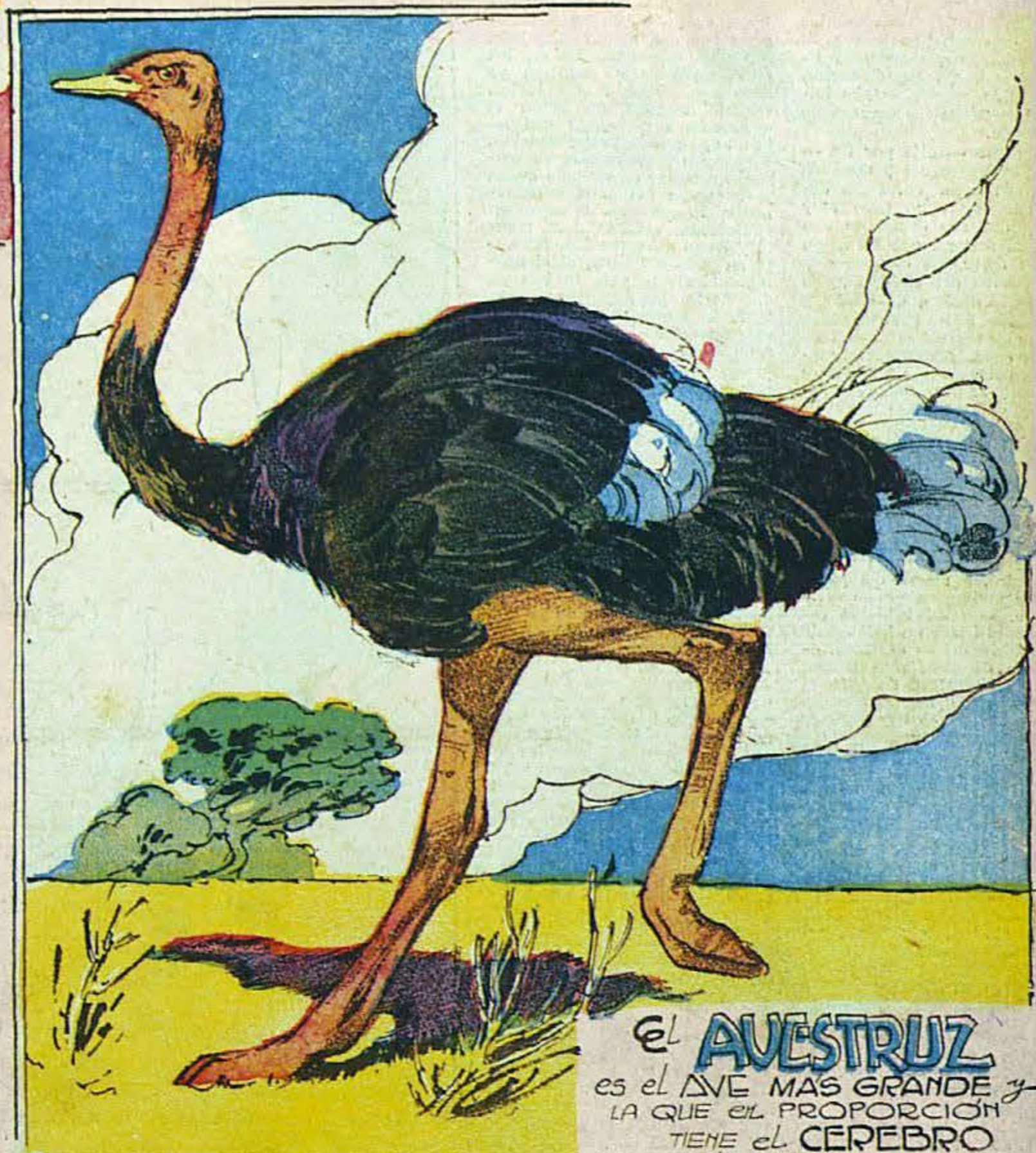
El **RELOJ** de la CATEDRAL de RUAY
fue MONTADO en 1389 y HASTA la FECHA
NO HA DEJADO DE ANDAR.



Las PLANTAS de
TLORES ROJAS
SON LAS QUE MEJOR RESISTEN la
SECA.



El VIOLIN de **SARASATE** SE
CONSERVA, por VOLUNTAD TESTAMENTARIA
de su DUEÑO, en el CONSERVATORIO de
MUSICA de MADRID y TIENE ASIGNADO
su VALOR de 20.000 PESOS ORO



El **AUESTRUZ**
es el AVE MAS GRANDE y
LA QUE EL PROPORCION
TIENE el CEREBRO
MAS CHICO.

Mi intención, al escribir este relato, no es precisamente la de ser creído, sino la de evitar la calificación de una próxima víctima. Sé que mi caso no tiene remedio y estoy casi resignado a contarlo. Mi nombre es Edward George Eden. Nací en Trentham, en Staffordshire, en cuyos jardines trabajaba mi padre. Perdí a mi madre cuando sólo contaba tres años de edad y a mi padre a los cinco. Mi tío George Eden, me adoptó como único hijo. Era un hombre solitario, cuya cultura se debía a él mismo y gozaba de cierta independencia. Costeó generosamente mis estudios y siempre alentó mi ambición de abrirme camino en el mundo. Cuando falleció, hace ya cuatro años, me hizo heredero de toda su fortuna, que quedó reducida a quinientas libras, después de pagados los impuestos. Yo entonces tenía dieciocho años. En su testamento me aconsejaba que emprendiera a pagar el curso de mi educación. Yo ya había elegido la carrera de medicina y, gracias a su generosidad, postulé y a la buena fortuna que me asistió en un examen escolar, me encontré convertido en un estudiante de medicina del Colegio de la Universidad de Londres. En la época en que comencé este relato, yo me alojaba en un altillo muy pobremente amueblado y lleno de corrientes de aire, situado en la calle de la Universidad.

también él estaba bajo la influencia de la extraña bebida. De pronto, con un sobresalto recordé algo y hurgando en sus bolsillos sacó otro paquete, esta vez de la forma y tamaño de un jabón para afeitarse. Estaba sellado de los dos lados. — ¡Casi me olvido! — dijo —. No lo abra hasta que yo venga mañana, pero tómelo ahora —. Lo tomé. Era muy pesado. — ¡Muy bien! — dije, mientras el coche se alejaba. — Si esto no contiene dinero, debe contener por lo menos, platino o diamante. Lo guardé cuidadosamente en mi bolsillo y eché a andar hacia mi hospedaje. Recuerdo vívidamente las sensaciones que experimenté en mi regreso a casa. Mientras subía por Regent Street estaba extrañamente persuadido de que esa era la estación Waterloo. Luego me froté los ojos y la calle volvió a ser Regent Street. En ese momento me asaltaron varias reminiscencias fantásticas. Es aquí — pensé — donde hace treinta años pedí con mi hermano. De pronto me eché a reír. Yo no existía hace treinta años y nunca tuve un hermano. Seguramente la rara bebida sería locura líquida, pues me sentí triste por la pérdida del hermano de marras. Al llegar a Portland Road, la locura asumió otras características. Allí comencé a recordar negocios desaparecidos y a comparar el aspecto actual de la calle con el que presentaba antiguamente. Pasó un ómnibus y el ruido de sus ruedas era exactamente el que produciría un tren. Luego me detuve ante lo de Stevens, el naturalista, recordándole inútilmente en recordar que tendría que ver el conigo. ¡Pero es claro! — dije al rato —. Stevens me prometió tres ranas para mañana. ¡Qué raro que lo hubiera olvidado!



POR H. G. WELLS

Ilustraciones de Rechán

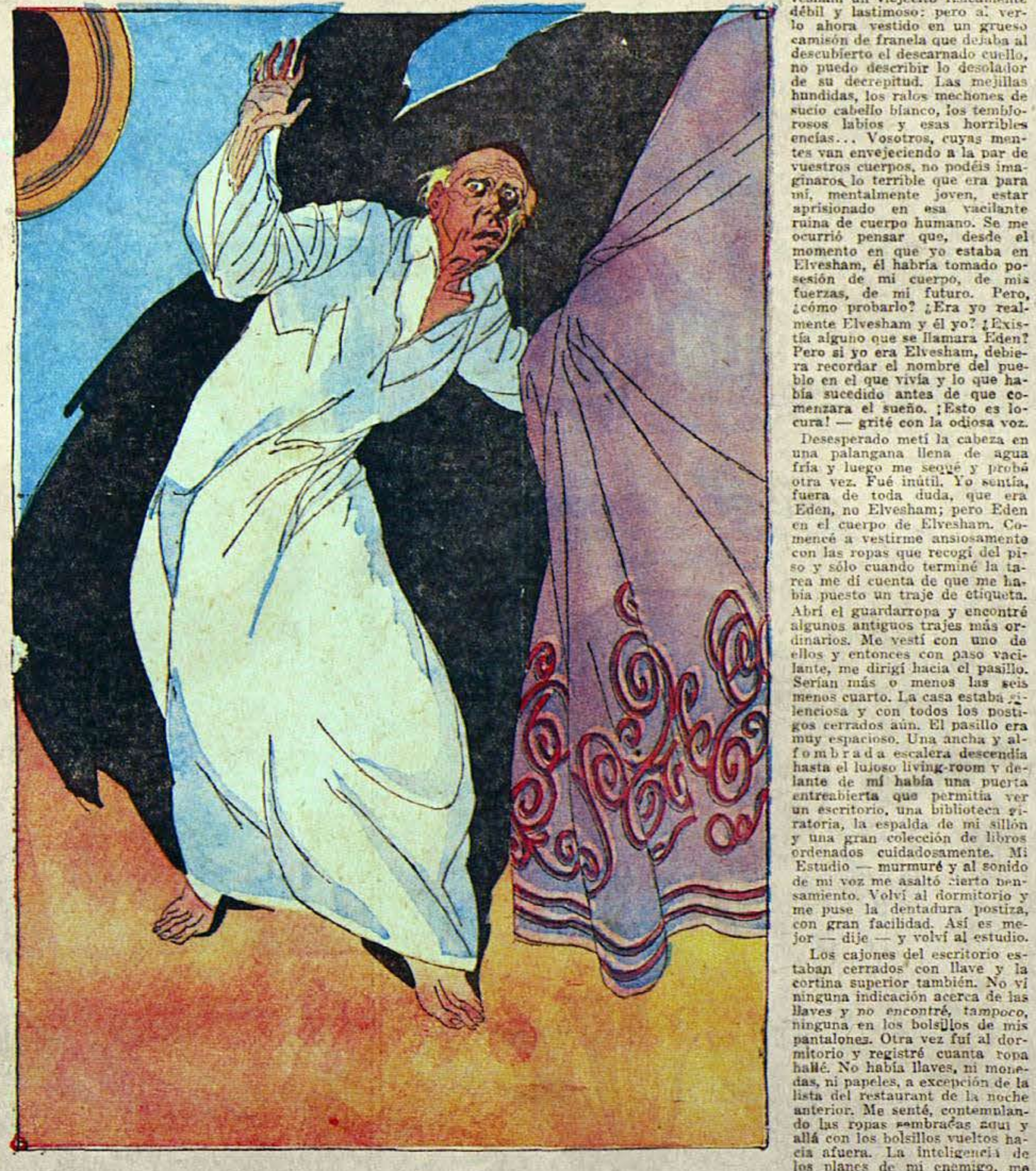
Con mucho esfuerzo pude llegar hasta mi casa. Mientras me dirigía hacia mi cuarto, traté de aquietar mi mente recordando los detalles de la cena y juré por mi vida que no pude evocar la figura de mi anfitrión; lo veía solamente como a una sombra confusa; pero en su lugar, tuve una completa visión exterior de mi mismo, sentado a la mesa, arrebatado, con los ojos brillantes y charlando tomaré estos polvos — pensé — esto se está poniendo insipible. Busqué los fósforos y el candelabro justamente en el lado opuesto al que acostumbraban a estar y no sabía bien si mi cuarto estaba a la izquierda o a la derecha. Estoy bebido — me dije — tambaleando innecesariamente para apoyar la afirmación. Mi cuarto me pareció completamente desconocido a la primera mirada. Sin embargo, allí estaban: mi viejo espejo y mi ropa de todos los días, des-

ordenada sobre el piso. Pero no obstante, el cuarto no parecía el mismo. Puse el pesado paqueto sobre el tocillete y, sentándome en la cama, comencé a sacarme las botines. Medio desvestido ya, derramé el polvo dentro del vaso con agua y lo tomé. Mi mente se tranquilizó de inmediato y me acosté. Desperté sobresaltado, de entre un sueño poblado de esdralas. Sentí un gusto extraño en la boca y una laxitud agobiadora en todo el cuerpo. El cuarto estaba casi entre tinieblas; al principio no pude distinguir nada y permanecí un rato incorporado, tratando de acostumbrarme a la vista a la oscuridad. Entonces comencé a percibir algo raro en las formas oscuras de lugar la cama? Enfrente de ella debían de estar los estantes con libros; pero en su lugar se levantaba algo pálido, algo que no se parecía a una estantería. Y era demasiado grande para que yo creyera que se trataba de mi cama abandonada en la silla. Lleno de infantil temor arrojé a un lado las cobijas y saqué un pie fuera de la cama. En lugar de saltar de ella al suelo, como de costumbre, me encontré con que mi pie sólo llegaba hasta el borde del colchón. Di otro paso (por decirlo así) y me senté al borde de la cama. Allí a mi lado, encontraría el candelabro y los fósforos, sobre una silla rota. Extendí el brazo para procurármelos; pero quedé agitiéndose en el aire. No había nada. Al retirar el brazo tropecé con una pesada colgadura, blanda al contacto y tibia de ella; parecía ser el dosel de la cama. Yo ya estaba completamente despierto y comencé a comprender que me hallaba en una habitación extraña. No me imaginaba cómo había entrado allí. Por otra parte, ya había aclarado un poco y pude distinguir un gran tocillete contra la ventana. Parecía estar hecho de alguna madera finamente pulida. Había varios objetos sobre él, entre ellos uno que tenía la forma de una herradura pequeña y despedía algunos reflejos. Estaba apoyado cuidadosamente sobre un platillo. No pude encontrar ni fósforos ni candelero. De nuevo saqué la vista por el cuarto. Desmayados aspectos de mobiliario aparecían de entre la penumbra. La cama, muy grande estaba adornada con colgaduras. Más allá se veía una chimenea que parecía de mármol. Recordándome contra el tocillete cerré y abrí varias veces los ojos, tratando de pensar. Todo era demasiado real para creerlo sueño. Llegué a imaginarme que había heredado la fortuna de Mr. Elvesham, que esta emocionante circunstancia me había producido una pasajera pérdida de memoria. Quisé esperar un poco, las cosas resultaban de nuevo claras para mí. Sin embargo, la cena de la noche anterior estaba aún fresca en mi memoria. El champagne, las miradas de los mozos y los licores — hubiera jurado que todo eso había sucedido horas ho-

ras antes. Y entonces ocurrió algo tan trivial, al mismo tiempo tan terrible, que todavía me estremento al recordarlo: hablé en voz alta, diciendo: ¡Cómo diablos habrá entrado aquí!... Y la voz no era la mía... No era la mía: era cascada, vieja, débil y para darme coraje toqué una de mis manos y palpé, solo pliegues de piel flácida y saliencias óseas. Seguramente — dije con esa horrible voz que se había establecido en mi garganta — seguramente esto es un sueño. Casi inmediatamente llevé los dedos a la boca... mis dientes habían desaparecido. Sólo encontré onchas arrugadas. Sentí entonces un desesperado deseo de verme a mi mismo para conocer de una vez, en todo su horror, el espantoso cambio que había sufrido. Fui hacia la estufa, en busca de fósforos. Al hacerlo, me acometió un acceso de tos y apreté el grueso camión de franela contra mi cuerpo. No encontré fósforos y noté que mis extremidades estaban muy frías. Estornudando y to-

siendo, me volví a la cama, repitiéndome que todo eso era un sueño y que pronto despertaría joven y fuerte como antes. Cerré los ojos y respiré profundamente, esperando dormir. Pero no pude. Estaba cada vez más convencido de que el cambio operado en mí era real. Yo era de verdad, súbitamente, un hombre viejo. En alguna forma inexplicable había pegado un salto de la juventud a la ancianidad y me hallaba privado de lo mejor de mi vida, del amor, de la lucha, de la fuerza, de la esperanza. Por último, reconociendo que todo esfuerzo por dormir sería inútil, me incorporé en el lecho. Por la ventana se filtraba la claridad del amanecer. Una caja de fósforos apoyada en una repisa, se hizo visible. Salté de la cama, me apoderé de ellos y encendí la vela. Temblando la acerqué al espejo... y ¡la cara de Elvesham! El hecho de que yo casi esperaba esto no disminuyó el indescriptible terror que se apoderó de mí. Siempre me pareció que Elvesham un viejecito físicamente débil y lastimoso; pero al verlo ahora vestido en un grueso camión de franela que dejaba al descubierto el descarnado cuello, no puedo describir lo desolador de su decrepitud. Las mejillas hundidas, los ralos mechones de sucio cabello blanco, los temblorosos labios y esas horribles onchas... Vosotros, cuyas mentes van envejeciendo a la par de vuestros cuerpos, no podéis imaginarlo terrible que era para mí, mentalmente joven, estar aprisionado en esa vaciante ruina de cuerpo humano. Se me ocurrió pensar que, desde el momento en que yo estaba en Elvesham, él habría tomado posesión de mi cuerpo, de mis fuerzas, de mi futuro. Pero, ¿cómo probarlo? ¿Era yo realmente Elvesham y él yo? Existía alguien que se llamara Edén? Pero si yo era Elvesham, debería recordar el nombre del pueblo en el que vivía y lo que había sucedido antes de que comenzara el sueño. ¡Esto es locura! — grité con la odiosa voz.

Desesperado metí la cabeza en una palangana llena de agua fría y luego me sequé y probé otra vez. Fue inútil. Yo sentía, fuera de toda duda, que era Edén, no Elvesham; pero Edén en el cuerpo de Elvesham. Comencé a vestirme ansiosamente con las ropas que recogí del piso y sólo cuando terminé la tarea me di cuenta de que me había puesto un traje de etiqueta. Abrí el guardarropa y encontré algunos antiguos trajes más ordinarios. Me vestí con uno de ellos y entonces con paso vacilante, me dirigí hacia el pasillo. Serían más o menos las seis menos cuarto. La casa estaba silenciosa y con todos los postigos cerrados aún. El pasillo era muy espacioso. Una ancha alfombra de escalera descendía hasta el lujoso living-room y delante de mí había una puerta entreabierta que permitía ver un escritorio, una biblioteca y una gran colección de libros ordenados cuidadosamente. Mi estudio — murmuré y al sonido de mi voz me asaltó cierto bienestar. Volví al dormitorio y me puse la dentadura postiza con gran facilidad. Así es mejor — dije — y volví al estudio. Los cajones del escritorio estaban cerrados con llave y la cortina superior también. No vi ninguna indicación acerca de las llaves y no encontré, tampoco, ninguna en los bolsillos de mis pantalones. Otra vez fui al dormitorio y registré cuanto topa hallé. No había llaves, ni monedas, ni papeles, a excepción de la lista del restaurant de la noche anterior. Me senté, contemplando las ropas sembradas aquí y allá con los bolsillos vueltos hacia afuera. La inteligencia de los planes de mi enemigo, me



forma de raros signos que nada significan para mí. Yo creo que él ha transferido a mi cerebro toda la acumulación de recuerdos que contenía su mente gastada y vice-versa. Pero el medio por el cual ha sido hecho ese cambio, está fuera de mi comprensión. Estoy por realizar mi último y desesperado intento. Esta mañana, con el auxilio de un cuchillo que pude sustraer durante el desayuno, conseguí forzar la cerradura de un cajoncito secreto de este escritorio. No descubrí nada, a excepción de un frasquito de vidrio verde en cuyo rótulo estaba escrita esta sola palabra: Liberación. Debe contener, probablemente, veneno. Si no hubiera estado tan cuidadosamente escondido, hubiera creído que Elvesham lo había puesto a mi alcance para desbaratar el único testigo que podría haber en su contra. Ahora él vivirá en mi cuerpo hasta que éste envejezca y luego, dejándolo a un lado, se apoderará de la juventud y de la fuerza de otra víctima. ¿Desde cuándo viene saltando de un cuerpo a otro? Pero estoy cansado de escribir. Parece que el polvo se disuelve en el agua... y el gusto no es desagradable. Aquí termina el relato que se encontró sobre el escritorio de Mr. Elvesham. Su cadáver fue hallado entre el escritorio y la silla. La historia estaba escrita con lápiz y la escritura se diferenciaba radicalmente de la de Mr. Elvesham. Indiscutiblemente, existió alguna conexión entre Edén y Elvesham, pues la propiedad del último había sido transferida al joven, aunque éste nunca heredó. Cuando Elvesham se suicidó, Edén, ¡cosa extraña! ya estaba muerto. Veinticuatro horas antes, en la intersección de Gower Street y Euston Road, fue atropellado por un coche, lo que produjo la muerte instantánea. De modo que el único ser humano que podría haber arrojado luz sobre este fantástico relato, está fuera del alcance de cualquier pregunta. Sin otro comentario, abandono este extraordinario caso al juicio del lector.

Viñoleanas

Hay mujeres tan recatadas, que el único vestigio que conservan de su feminidad, es el amor a los gatos. Tan aplastada está la moral de los hombres en nuestro siglo, que apenas les queda fuerza para leer los avisos que están a la altura del zócalo. La vejez es una vida que se ha trancado en la canaleta del invierno. ¡Al confeccionar Dios, la planta de aceitunas, habrá imaginado que andando el tiempo, el aceite de Oliva, sería extraído del maní...! El "taxímetro" es el único instrumento que se interesa de verdad, por nuestras andanzas. Para los que tenemos de calendario la eternidad, no nos hace falta fin de mes. Ahora yo no sé si el dueño de casa piensa lo mismo. Solamente en alcohol se puede conservar cerca, el corazón de los miembros de familia. Por Omar Viñole

★ Secretos del Hundimiento del Lusitania ★

El 30 de abril de 1915, el comandante superior de la flota alemana que tenía su base en Emden, recibió la orden siguiente: "Transportes de tropas británicas van a salir de Liverpool, del canal de Bristol, y de Dartmouth. El U-20 y el U-27 partirán inmediatamente para atacarlos". En seguida partieron los submarinos designados. El U-20 estaba comandado por el teniente de navío Schwiever, uno de los mejores técnicos de la marina imperial. A toda marcha el U-20 alcanzó su puesto de vigilancia. Después de haber hecho la vuelta de Escocia forzando el bloqueo inglés, llegó delante de Liverpool y comenzó su obra de muerte, dejando sobre su estela los cadáveres de los navíos torpedeados.



El 13 de mayo, bajo la lluvia, el U-20 remontó el canal entre el lado y el Wescer, en ruta a Wilhelmshaven. Desde tierra las aclamaciones se desataban a su paso. Helgoland, Amrum, Schilling, gritaban su júbilo. El almirante von Pohl, jefe principal de la flota, subió también a bordo. Venía a felicitar a Schwiever que, el 7 de mayo, había enviado al fondo del mar al Lusitania, con un solo torpedo.

Pero al margen de una Alemania transformada por un delirio imposible de imaginar, la Europa gruñía su cólera. América levantaba su voz en nombre de la civilización y el derecho. Al otro lado del Atlántico la opinión había sido ya conquistada a favor de la guerra contra los Hunos. Los muertos del Lusitania, los 1198 cadáveres errantes entre dos aguas, se tornaban un símbolo. La imaginación popular los mostraba emergiendo de las olas, con la boca crujida en un grito final de desesperación, de cual se hacía un llamado a la venganza.

Hoy, quince años después del último tiro de cañón, los muertos no tienen más voz. Es un sobreviviente, el teniente de navío Ludwig von L., que me ha abierto los ojos sobre el caso del Lusitania. Ludwig von L. fué durante la guerra uno de los más trágicos piratas de la marina imperial alemana. Ahora que el mundo ha aprendido que nuestra civilización no era más que un fracaso, ha renegado de todo y vive en una emocionante soledad en África. Es sin odio que me ha hablado. Está al margen del mundo. Al margen y por encima.

Esta confianza que los torpedos han destruido en Europa, es preciso crearla en América. El "Intelligence Service" entra en escena con sus mejores agentes. Se desliza por todas partes, hasta el "Servicio Secreto" de Washington, que organiza y dirige a veces en previsión de la entrada a la guerra de los Estados Unidos. La prensa comienza su trabajo de zapa. Los ciudadanos americanos se dejan convencer poco a poco. Por otra parte hay en América proveedores poderosos que ven sus mercaderías pudrirse en los muelles, delante de los barcos que el miedo retiene. Son esos mismos negociantes que más tarde, comprendiendo que las demandas se hacen trizas y que sería más lucrativo el equipar un nuevo ejército para echar abajo los obuses, decidirán la entrada a la guerra de los Estados Unidos. Y llega la hora de dar un gran golpe de efecto.

1916. La flota británica, "the great fleet", está de reserva en Scapa-Flow. Está en actitud de espera. Solamente las unidades ligeras cruzan el mar del Norte y la Mancha, volviendo cada vez más despreciado el bloqueo que va a provocar el hambre en Alemania. En la prensa, desde hace tiempo, la nueva ha estallado como un júbilo fuego de artificio: la gran flota va a "forzar las ratas en su agujero". Las "ratas" son los navíos alemanes. Pero las ratas tienen la piel dura... Lo han probado en el Pacífico, con Karl von Müller. Lo han probado en Coronel, donde el almirante von Spee ha aplastado la escuadra de Sir Christopher Craddock. Lo probarán en Skagerrak. También la gran flota permanece al acecho. No ofrece combate. Es este el mejor método para evitar la derrota. La hora recibida en Coronel o en Skagerrak.

El Lusitania está en rada. Este paquete es el orgullo de la marina mercante de la Gran Bretaña. Es nuevo aún y ha sido concebido de tal manera que de la mañana a la noche puede ser convertido en crucero auxiliar. El 12 de agosto de 1914, el Almirantazgo lo ha requisado para preparar a descomponer su rol de navío de guerra. Pero mientras tanto, el Almirantazgo ha podido aprovechar la experiencia tentada por Alemania para armar sus buques mercantes. El Lusitania, gran consumidor de carbón, blanco notable, no es capaz de volverse corsario. El "Kaiser Wilhelm der Grosse" ha fracasado, que el Almirantazgo británico ha renunciado a su proyecto. El 11 de septiembre de 1914 el Lusitania fué devuelto a su primitivo destino. Es por esto que el paquete está en New York, en los primeros días de mayo, listo a zarpar para Inglaterra.

Un fuerte y desgraciadamente inteligente campaña de prensa ha empujado a bordo a los pasajeros. El yanqui cien por cien, vacilará en embarcarse en un paquete de 31.000 toneladas, capaz de recibir varios torpedos sin hundirse? El Lusitania anda a 24 nudos. Los piratas alemanes no hacen más que 12. El Lusitania está superiormente equipado. Todo es lo que olvidan decir es que a bordo hay también algunos millares de cajas de municiones. M. Dudley Field Malone, controlador del puerto de New York en el momento de la partida del Lusitania, afirma en su informe de 1915 que el paquete llevaba más de 10.000 kilos de pólvora.

Algunos iniciados manifestaban sus dudas. Y mientras que los pasajeros afluyen sobre los muelles de New York, los proyectos más extraños se multiplicaban. Contra esta campaña de desaliento, el servicio secreto inglés reaccionó, como sólo él sabe hacerlo. Hay varias maneras de tapar las bocas: el dinero, las amenazas, los internamientos. Ninguno es descuidado. A pesar de las precauciones tomadas, ciertos pasajeros no escanden su aprobación. Para tranquilizarlos, Inglaterra promete hacer escoltar el barco por navíos de guerra. Esta promesa vuelve a ser enarbolada como Inglaterra golpea a Alemania: en el estómago. En cuanto los pequeños "babies"

publicación este año un total de 1959 personas. 1959 condenados a muerte.

Afuera de las aguas territoriales americanas el Océano está vacío. Los navíos de guerra ingleses no están allí. Sin embargo a los proveedores, a los navíos cuyos flancos están pesados de municiones o provisiones, a los barcos cuya carga vale millones de libras, se les acuerda escolta. El Lusitania no transporta más que hombres. La sangre no ha pasado jamás tan fuerte en ciertas conciencias. El Lusitania prosigue solo su ruta. Pasan días y noches. Los pasajeros ignoran las causas en que deberán refugiarse en caso de accidente.

La zona que cubren, el mar de Irlanda donde cruzan los submarinos alemanes, se aproxima. El Lusitania la alcanza de un golpe de timón. Desde ese momento su comandante debe atenderse a las órdenes que todos los navíos han recibido: "mantener la mayor velocidad. Navegar en zigzag. Doblar los puestos de vigilancia, preparar los pasajeros y el equipaje a abandonar el barco".

Hasta ese momento no se ha procedido a ninguno de los ejercicios que son reglamentarios, aun en tiempo de paz. Los pasajeros ignoran las causas en que deberán refugiarse en caso de accidente.

periscopio está afil, entre dos aguas. Desde hace 30 minutos, el U-20 deja venir sobre él al Lusitania. Schwiever, paciente y esperanzado, espera el momento favorable. Está tranquilo, como en los simples simulacros. No sabe el mal que va a hacer. Su misión es enviar al fondo del mar todo lo que ostente pabellón enemigo. El Lusitania luce pabellón británico. Debe morir. La marina inglesa contará con una unidad menos. Una unidad que podía transportar al Canadá a Europa cerca de 20.000 soldados por mes. La guerra, si se admite, debe ser inexorable. Schwiever piensa así. Así piensa, igualmente el Almirantazgo británico que por orden secreta del 15 de mayo de 1915 ordenará a los navíos de comercio el utilizar falsos pabellones, y creará los barcos-trampa (la flota Q), que no son un arma más leal que los submarinos.

En el periscopio, el Lusitania se agranda. Sigue, sin desviarse un grado de su ruta, sin forzar su marcha. Para Schwiever esto no es caza, sino un simple acecho. La presa viene por sí misma. El torpedo G. está listo en el tubo de salida, regulado a tres metros de inmersión. Golpe de periscopio. El Lusitania se destaca muy neta sobre el mar en calma. La distancia decrece: 1.500, 1.200, 1.000 metros. Incidencia: 90°. Distancia: 700 metros... Fuego...

El torpedo se lanza adelante. Son las 15 y 30. Algunos segundos. Después el impacto. Casi en la base de la pasarela, el torpedo destruye el navío. Un chorro de agua salta hasta la altura de las chimeneas. Y, en seguida, una segunda explosión. Sin embargo Schwiever no ha tirado una segunda vez. No ha osado hacerlo frente a la multitud presa de pánico. Pero el torpedo ha golpeado de lleno en la bodega que encerraba las diez toneladas de pólvora. La bodega se ha convertido en un crater. Es la segunda explosión la que ha matado el barco. El torpedo lanzado por el U-20 podía tan sólo dejarlo inútil.

La agonía del Lusitania es breve. Diez y ocho minutos. Con un tiempo tan calmo, con los medios de que disponía, el salvataje de la mayoría de los pasajeros pudo operarse. Pero reina el pánico. En un desorden indescribible los condenados se han arrojado sobre las embarcaciones para tomarlas por asalto. Ninguna disciplina fué impuesta. Ninguna precaución ha sido tomada.

1.198. Tal es el balance. Tanta imprudencia, tantas circunstancias extrañas, tantos errores puramente técnicos y por tanto inadmisibles, aclaran un poco la verdad y acusan. El drama ya lo he reconstruido a fuerza de documentos. Han sido necesarios años para que los archivos revelaran su secreto. M. Field Malone, control general del puerto de New York, en mayo de 1915 elevó su informe a Washington, denunciando el embarque de municiones a bordo de un barco que transportaba pasajeros. Los acuerdos internacionales que regulan el tráfico marítimo en tiempo de guerra prohíben estos embarques. Un senador americano, que no se puede acusar de germanofilo, La Follette, pidió que ese informe fuera sometido al Senado y hecho público. Fué insultado, befofo y expulsado de la asamblea. El mundo debía ignorar que las cláusulas y los tratados habían sido violados, y lo ignoró.

Timidamente, ocho días después del naufragio, el "Morning Post" preguntó porqué Inglaterra había faltado a su deber no enviando la escolta prometida. Pero toda América protestó y ese diario tuvo que callarse. Se calló y esto es lamentable. Porque, siguiendo su campaña, podía haber preguntado cuáles eran "los órdenes secretos que se habían entregado al capitán

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



RESBALONES



ARREPENTIMIENTO



NO MIENTE NUNCA



FOR Jean Feuga

1915, todo navío de comercio enemigo encontrado en las aguas que rodean Irlanda y la Gran Bretaña será destruido, sin que pueda ser siempre posible sustraer a las tripulaciones y pasajeros de los peligros a que se verán expuestos.

Los aliados están advertidos. Un plazo de cuatro días les ha sido otorgado para ordenar a sus navíos de comercio que se refugien en el puerto más próximo o para parar el ataque. Pero es necesario, a cualquier precio, crear una atmósfera de confianza y de risa a la amenaza alemana. Esto es fácil, ya que teóricamente la gran flota está allí, con sus cruceros de batalla.

Sin embargo el 18 de febrero los submarinos alemanes parten de caza. El primer torpedo que destruye un navío explota en ese descuido. Otros le siguen. Por docenas, navíos que han partido de viaje no regresan. Bien pronto ningún esfuerzo es lo bastante espeso para alzar las quejas de los naufragados. Y más fuertes, más escuchadas también, se oyen de los armadores, navíos y aseguradores, a quienes la ruina amenaza. Entonce los aliados se indignan y pronuncian la palabra piratearía.

Piratearía? En tiempo de guerra esta palabra es descolorida. Se hace la guerra o no se hace. Los submarinos alemanes la hacen en bloq. Cada orden que los lanza al mar es una condena de muerte. Detrás de ellos está toda Alemania, a la que el hambre amenaza. Es necesario abrir un hueco en el bloqueo. Es necesario golpear a Inglaterra como Inglaterra golpea a Alemania: en el estómago. En cuanto los pequeños "babies"

mercantes. El Lusitania, gran consumidor de carbón, blanco notable, no es capaz de volverse corsario. El "Kaiser Wilhelm der Grosse" ha fracasado, que el Almirantazgo británico ha renunciado a su proyecto. El 11 de septiembre de 1914 el Lusitania fué devuelto a su primitivo destino. Es por esto que el paquete está en New York, en los primeros días de mayo, listo a zarpar para Inglaterra.

Una fuerte y desgraciadamente inteligente campaña de prensa ha empujado a bordo a los pasajeros. El yanqui cien por cien, vacilará en embarcarse en un paquete de 31.000 toneladas, capaz de recibir varios torpedos sin hundirse? El Lusitania anda a 24 nudos. Los piratas alemanes no hacen más que 12. El Lusitania está superiormente equipado. Todo es lo que olvidan decir es que a bordo hay también algunos millares de cajas de municiones. M. Dudley Field Malone, controlador del puerto de New York en el momento de la partida del Lusitania, afirma en su informe de 1915 que el paquete llevaba más de 10.000 kilos de pólvora.

Algunos iniciados manifestaban sus dudas. Y mientras que los pasajeros afluyen sobre los muelles de New York, los proyectos más extraños se multiplicaban. Contra esta campaña de desaliento, el servicio secreto inglés reaccionó, como sólo él sabe hacerlo. Hay varias maneras de tapar las bocas: el dinero, las amenazas, los internamientos. Ninguno es descuidado. A pesar de las precauciones tomadas, ciertos pasajeros no escanden su aprobación. Para tranquilizarlos, Inglaterra promete hacer escoltar el barco por navíos de guerra. Esta promesa vuelve a ser enarbolada como Inglaterra golpea a Alemania: en el estómago. En cuanto los pequeños "babies"

Schopenhauer en Bs. Aires

ARTURO SCHOPENHAUER —talento máximo, genio minino— llegó a Buenos Aires una de esas tardes "lindinenses" que frecuentemente nos visitan. Schopenhauer, atrozmente desmelenado, frunció el ceño. Había imaginado llegar a un puerto absurdo, desordenado y multicolor, y se hallaba diluido en la niebla espesa y malsana de una segunda Inglaterra.

El ceño de Schopenhauer se ahondó espantosamente ante la complicada concepción de Zocchi; y la profunda arruga vertical que henda su frente, quedó seccionada por otros no menos profundos cortes horizontales al observar el "rollo" que, a manera de partitura musical, el almirante sostenía en sus manos.

Schopenhauer comenzaba a no comprender. No comprendió a Nueva York y ahora no comprendía a Buenos Aires. Las ideas se desordenaron en el cerebro del filósofo.

Como era pensador y era pobre y había escrito muy sinceramente su mundo "como representación y como voluntad", no fué a hospedarse al "Plaza" al "City" o al "Nogará", fuése, mejor dicho, fué llevado a un hotel de vejestimio orden, precisamente el mismo en que viviera Charles de Soussens: "El Internacional". La muestra se le antojó un poco comunista y un tanto juicada; mas como lo atendió un limpio portero de rancia estirpe coruñesa, paucamente rasurado, su terrible ceño comenzó a desarrugarse.

La habitación le resultó a la medida de su humildad. Depositaron en ella sus escasos bártulos, casi tantos como los del griego Blas, y el filósofo, tras un rápido baño, sin cuidarse para nada de ordenar un poco la maraña virgen de sus cabellos hirsutos, se echó a la calle. Por la calle Irigoyen llegó a la Avenida de Mayo, proveyóse de una guía custodiada en el primer quiosco y se dirigió al Congreso. Era ya noche, pues la motonave que lo trajo de Hamburgo había atracado al atardecer.

En aquellos instantes Schopenhauer era feliz. Su felicidad provenía de que nadie le molestaba, por la óptima razón de que había sabido guarecerse de un incógnito de verdad, no en ese incógnito principesco que se anuncia en la prensa mundial. Estaba jugando una mala pasada a la Argentina; él, el gran pesimista, era un desconocido en la primera ciudad de América latina. Y Schopenhauer sonreía maliciosamente para sus adentros, gozando como una "cratura" traviesa de esta inocente vanidad.

El filósofo pasó frente a CRITICA, fingiendo las maquinarias junto a otros curiosos, y su interior sonrisa se exteriorizó levemente. Desembocó después en la explanada de la plaza del Congreso, la que atravesó siguiendo idealmente la recta de la Avenida; detúvose junto al monumento que resta eficaz a la perspectiva del Palacio Legislativo, pero sólo por breves instantes. Aquello no pareció llamarle la atención mucho ni poco. Con andar torpe y desmanado, cortó hacia las espaldas del "Molino" y siguió por Rivadavia, deteniéndose ante los absurdos escaparates. Tan despacio caminaba que empleó una hora larga en llegar al Once. Consultó su guía y se adentró en la plaza. Allí desaparecieron sus sonrisas, la interior y la externa, y refunfuñó algo imposible de reproducir acerca del pedregullo indecente que lastimaba sus delicados pies, pues todos sabemos que, a cerebro poderoso corresponden frágiles extremidades (en una entidad "le penseur" de Rodin, es perfectamente milológico). Dio enteramente la vuelta al monumento del "más gran hombre civil", estacionándose largo rato ante el moisés. Schopenhauer se olvidó del dolor de sus pies, y, por milagro del artista que había en él, sintió que se dulcificaba su crudo y agrio antipatismo.

Rumliando ideas, emprendió pausadamente el regreso. Tan abstraído iba que olvidó la hostilidad de la granza granítica para con sus pies deformes y le-erados. Sentóse en un bar de Rivadavia, pidió agua mineral y unos "sandwiches". Cuando hubo satisfecho su hambre de filósofo, sacó una libreta de apuntes y volcó en ella sus impresiones. No se fiaba nunca de su memoria.

Iba para la medianoche cuando prosiguió su camino, muy lentamente. Caminaba como olvidado de sí mismo, envuelto en el aire denso, húmedo y frío. Sin duda añoraba su Alemania y hacía comparaciones, deteniéndose inconscientemente de trecho en trecho. Así llegó de nuevo a la plaza del Congreso. Estaba algo fatigado y se sentó en un banco a descansar. El fresco nocturno se intensificaba y levantó el cuello de su saco. Quitóse el hombro y dejó que el leve vienteillo orase sus gudejas, duras e indisciplinadas.

Schopenhauer estaba obsesionado. Aquel Moisés de Iurtia sugería una doctrina nueva al pensador; si, todo un sistema filosófico había determinado el artista, quizá sin vislumbrar su alcance, en los estrechos límites de aquel bronce viviente. Moisés, el otro, el de la tierra prometida al pueblo errante, acababa de ser entendido definitivamente en el alma del filósofo. Un sentido recién dado de la libertad y de la justicia se le había ofrecido a pocas horas de su llegada en el desamparo de la plaza Once. Y Schopenhauer rumiaba ideas, aprehendiendo posibilidades para su próxima "Introducción al tratado de la libertad y de la justicia", obra que sería definitiva, opuesta a toda su anterior ideología, optimista, creyente, ávida de confianza en una humanidad mejor, "mensajera de una más vasta vida". Y el autor de "La sabiduría en la vida", sonreía, fúgiles los dedos entre los sobornables cabellos, poseído de una alegría incontaminada como la de un niño, vislumbrando allá, en su luminoso subconsciente, la posibilidad cierta de traspasar la sutilísima línea que separa el talento del genio.

—¡Aquí no se puede dormir!
La voz agria, imperiosa, involucionada, hurtó al filósofo de su meditación. Arrancado así de golpe, brutalmente, a su mundo, sir Arturo se quedó mirando al polizonte que tenía delante, con esa expresión atónita y ausente de quien no comprende bien.

—La voz, autoritaria y destemplada, prosiguió:
—¿Tiene documentos?



Schopenhauer, tras minuciosa búsqueda, sacó una voluminosa cartera y de ella un papel. En castellano correcto, pero que acababa a mil leguas su origen leonés, entregó su pasaporte, diciendo: —He llegado de Europa por la tarde. Ayer por la tarde — agregó observando la hora.

—No tiene cédula?, inquirió el policía, como si aquel pasaporte le quemase las manos.

Y, ante el caso dubitativo del filósofo:
—¿Adónde vive?
—En un hotel... un hotel de la calle Méjico...
—¿Hum!, refunfuñó el representante de la autoridad. ¿Qué hace aquí a esta hora?
—Descanso... respondo candorosamente Schopenhauer. Vengo de contemplar a Moisés en el Once, al grande, al verdadero Moisés...
El agente abrió enormes los ojos azorados.
—¿Moisés! ¿En el Once?...
Y, sacudiendo significativamente la cabeza, silabeó las inmortales palabras:
—No tiene documentos... Ha visto a Moisés... Usted va a tener que acompañarme...
—¿Acompañarme!, exclamó estupefacto el filósofo. ¿Para qué? ¿Adónde?
—A la comisaría, pues. Allí le van a explicar. ¿En qué trabaja?, agregó.

Una orgullosa lumbré fulguró en los ojos del pensador. Soy filósofo —repitió como el griego antiguo— soy Arturo Schopenhauer.

—Le pregunto en qué "labura", insistió la bestia uniformada. Esta vez, Schopenhauer no entendió. El agente agregó:
—Voy a "palparle" de armas...
Y se puso a manosearlo con ese cinismo que es patrimonio de ciertas mujeres y de la policía.

Pero Schopenhauer no estaba para bromas. En un segundo olvidó todos los sistemas filosóficos, incluso los por él formulados. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué absurdo payaso osaba poner sus manos sobre él, indagar su anatomía, rebuscar en su hopalanda repleta de papeles, como si él, Arturo Schopenhauer, fuese una cosa muerta en una mesa de anfiteatro?

—¡Perro inmundo!, gritó encongecido. Voy a enseñarte a respetar la filosofía y sus representantes.

Y asiendo al policía por el cuello lo sacudió vigorosamente. Este se desprendió como pudo, tocó el pito, que sonó como la trompa de Rolando en Roncesvalles, y abrazado de nuevo por sir Arturo, ambos rodaron por el suelo, forcejeando como energúmenos, sin que ninguno de los dos pareciera tener la más mínima idea de la táctica del luchador. Schopenhauer logró apoderarse del bastón del aterrorizado agente, y lo vapuleó vigorosamente, hasta que la intervención de otros policías, atraídos por la angustiosa pitada, puso fin a la jocosa contienda.

Tanto el filósofo como su contrincante, sucios, arañados, jadeantes, ofrecían un aspecto verdaderamente grotesco y lamentable. ¿Quién hubiera podido reconocer al penegrista de la piedad en aquel hombre enfurecido, que se debatía espasmodico, con los ojos inyectados en sangre y que obsequiaba al descansado agente con los más indiscretos calificativos de la lengua germana?

—¡Infeliz Schopenhauer! He ahí los inconvenientes del incógnito: ¡verse conducido como un temible delincuente, él, el ilustre filósofo, entre dos policías! ¡refresco, un cabo que cerraba la marcha y doce o quince transnochadores viciosos que gozaban en el gratuito espectáculo! ¡Para esto, para brincar como un golfo con la piñata indecente, se había alejado de su ordenada Alemania, de su solícita ama de llaves, del rubio vino del Rhin!...

—Y ahora los "pulos" —monológuó el periodista mal informado, secundando la frente sudorosa. ¿Qué bomba!

Escribió: UN GRAN FILÓSOFO EN DESGRACIA. SCHOPENHAUER ESTA PRESO EN BUENOS AIRES. URGE UNA AMPLIA INVESTIGACION.

Así intitulada su "noticia bomba", voló hacia CRITICA. No eran todavía las siete de la mañana cuando llegó. Su jefe no estaba todavía. Rendido, pero satisfecho, dejó su artículo bajo sobre, en el que escribió en letras rojas y grandes: URGENTE. Hecho lo cual, regresó a su habitación y durmióse a pierna suelta.

Y aquí concluimos por donde debimos comenzar. Alejo, el repórter de marras, acababa de llegar de la capital carioca, donde fuera a festejar una "acertada" a la quiniela. De regreso, observó al extraño personaje, que viajaba en su misma categoría, tan semejante a alguien que él recordaba sin poder precisar de dónde. El fuerte de nuestro repórter no fué nunca la filosofía; mas, como preguntando se va a Roma, pronto averiguó que se llamaba Arturo Schopenhauer. Sacó su libretita enciclopédica, donde tenía anotados los nombres de las celebridades y las obras principales que habían escrito. Se informó y dió un salto. Al desembarcar, no perdió un segundo de vista a Schopenhauer, pero lo fué siguiendo de lejos. De ninguna manera quería que el pensador se hiciera cargo de que era seguido. De tal modo, los solloquios del filósofo, el diálogo con la policía, todo en fin, excepto la pelea con el agente, fué en el relato que antecede, limpiamente producto de la imaginación del periodista.

Júzguese de su asombro, cuando por la tarde, al levantarse apresuradamente para saborear su triunfo, no halló su artículo en las columnas de CRITICA. Desesperado buscó hasta entre "os avisos" y, por fin, perdida entre el farrago de noticias policiales, leyó estas escuetas líneas: "Un hombre, que tiene, al parecer, las facultades mentales alteradas, acreditó esta mañana a un agente en la plaza del Congreso, quien le indicara que no estaba permitido dormir en los bancos. El presunto demente se halla alojado en un calabozo de la comisaría sexta. Dice llamarse Arturo Schopenhauer, aunque desde luego, nada tiene que ver con el ilustre filósofo desaparecido hace años".

Alejo se quedó alelado. ¡Schopenhauer estaba muerto! "¿Tablaca!"

Sólo pudo librarse de una cesantía fulgurante el hecho de que su jefe director, fugaz apañadino de la suerte, había tenido, como él, un pálpito afortunado...

ENRIQUE PUGA SABATE
ILUSTRACION DE SORAZABAL

La Rara Vida de Mercurio

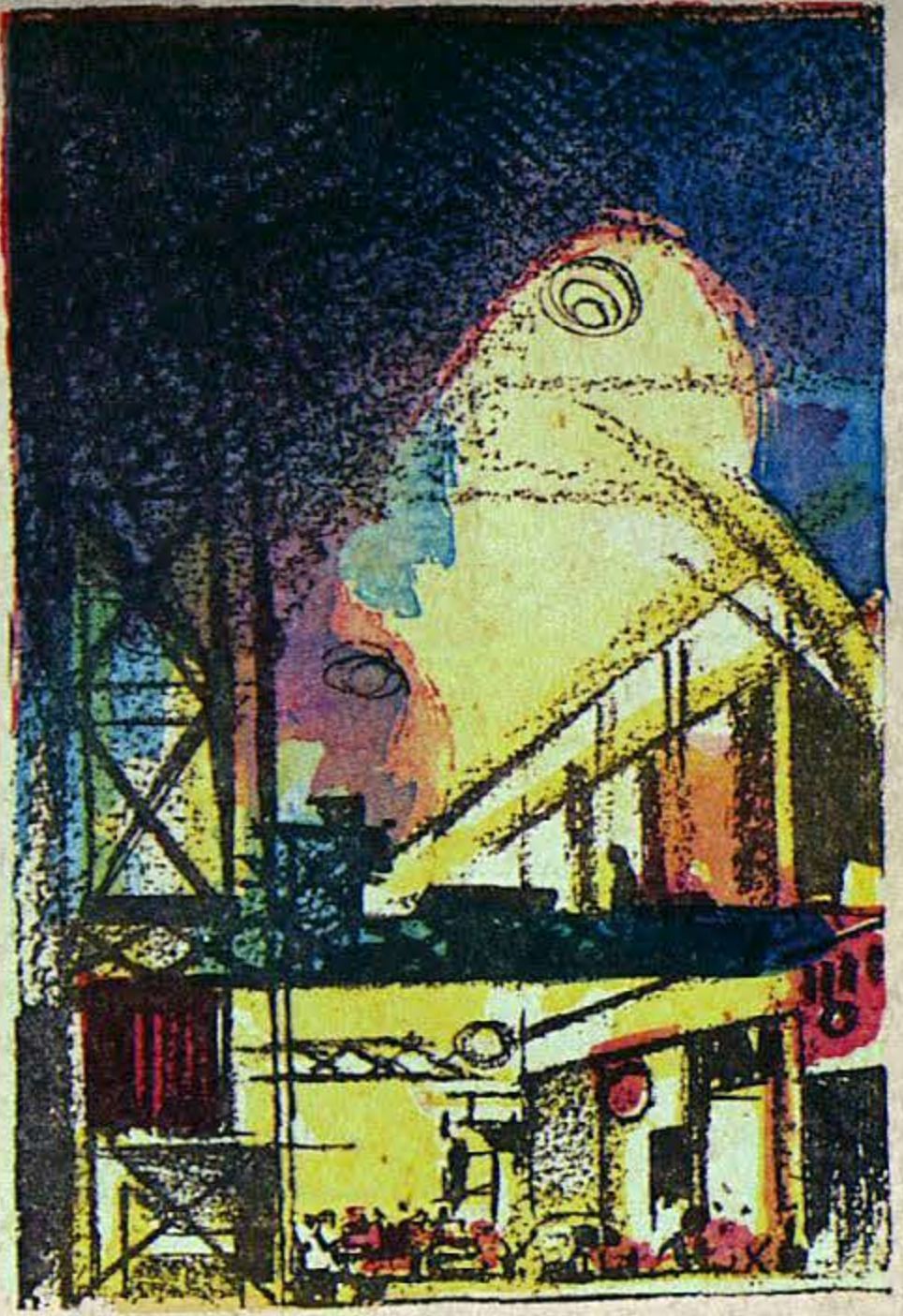
¿QUIEN va a imaginar, que a poca distancia de nosotros, hay mundos —Mercurio ya es uno de ellos— que presentan hoy nuestra vida de mañana, nuestra nueva faz de civilización, nada envidiable por cierto, que nos espera a la vuelta de la esquina, es decir, en un día muy próximo, del que ya vislumbramos atontados los primeros albores?

¡Necede envidiable, hemos dicho! No se precisa ser gran observador para preverlo, antes bien, podemos decir que ha principiado. En Europa empiezan a ser realidad las calles subterráneas. ¿Sabéis lo que significa eso? Deteneos un momento en reflexión. La habitación del hombre, es decir, nuestras ciudades de hoy, están formadas por casas, palacios, edificios varios, más o menos magníficos. Esos bienes inmuebles, orgullo y riqueza de una civilización milenaria, van a perder todo valor mañana, por un motivo bien sencillo, que sin embargo nadie atreva a ser el primero en reconocer y en encarar. Este motivo es, por singular ironía, una triunfal y fatigosa conquista: el dominio del aire.

Hombres de alta autoridad, que ven lejos y claro en lo futuro, ya han pintado lo que será la inexorable realidad de una guerra —guerra esencialmente aérea— a partir de ahora; vale decir, la vida de superficie de un entero país reducida a espantosa ruina y escombros humeantes; la catástrofe de la Martínica reproducida artificialmente con infernal arte y eficiencia, fierro, gas, fuego; todo aplanado. El tiempo pasa pronto. ¡Vuelta a construir, tarde o temprano! Vuelta a arrasar, tarde o temprano. Después de cierto tiempo nadie más, ni casas ni hombres, nadie más se sentirá seguro sobre el suelo, e instintivamente se buscará el subsuelo. El reino de la inseguridad, de la zozobra, de la intranquilidad, la vida de superficie, va a acabar fatalmente, por fuerza de las cosas, como por fuerza de gravedad cae del árbol la fruta madura. Diciase, pues, que los hados hayan decretado que a la conquista de los libres espacios, a la conquista del cielo por el hombre deba corresponder una simétrica conquista de la tierra, de las entrañas de la tierra. ¡Veneración par arriba! Y entonces penetración para abajo. Los vértigos de la altura? Y los vértigos de la profundidad. Junto con el reino de Urano, se desvanescara el de Plutón. Golpe de escena.

El hábitat del hombre ha cambiado de lugar. Ha bajado. Ya no hay sol, sino luz eléctrica, y otras nuevas luces artificiales, pues los descubrimientos no paran. Máquinas, inventos, adelantos, pero bajo tierra. El reino de los topes perfeccionado; tal será fatalmente la vida de mañana, el pleno dominio del aire, y desde allí la facilidad increíble de ofensa y destrucción de todo lo que este debate, harán primero insegura, y luego imposible toda vida de superficie, siempre a total merced, en cualquier momento, de la última cafetera que se eleve a surcar el aire. Llegará el momento en que se plantee el dilema de la desesperación: "O desocupar el aire, o desocupar el suelo". Y como hoy día lo primero es ya moralmente imposible, y lo será más y más, lo que se va a verificar es lo segundo. Como si lo estáramos viendo.

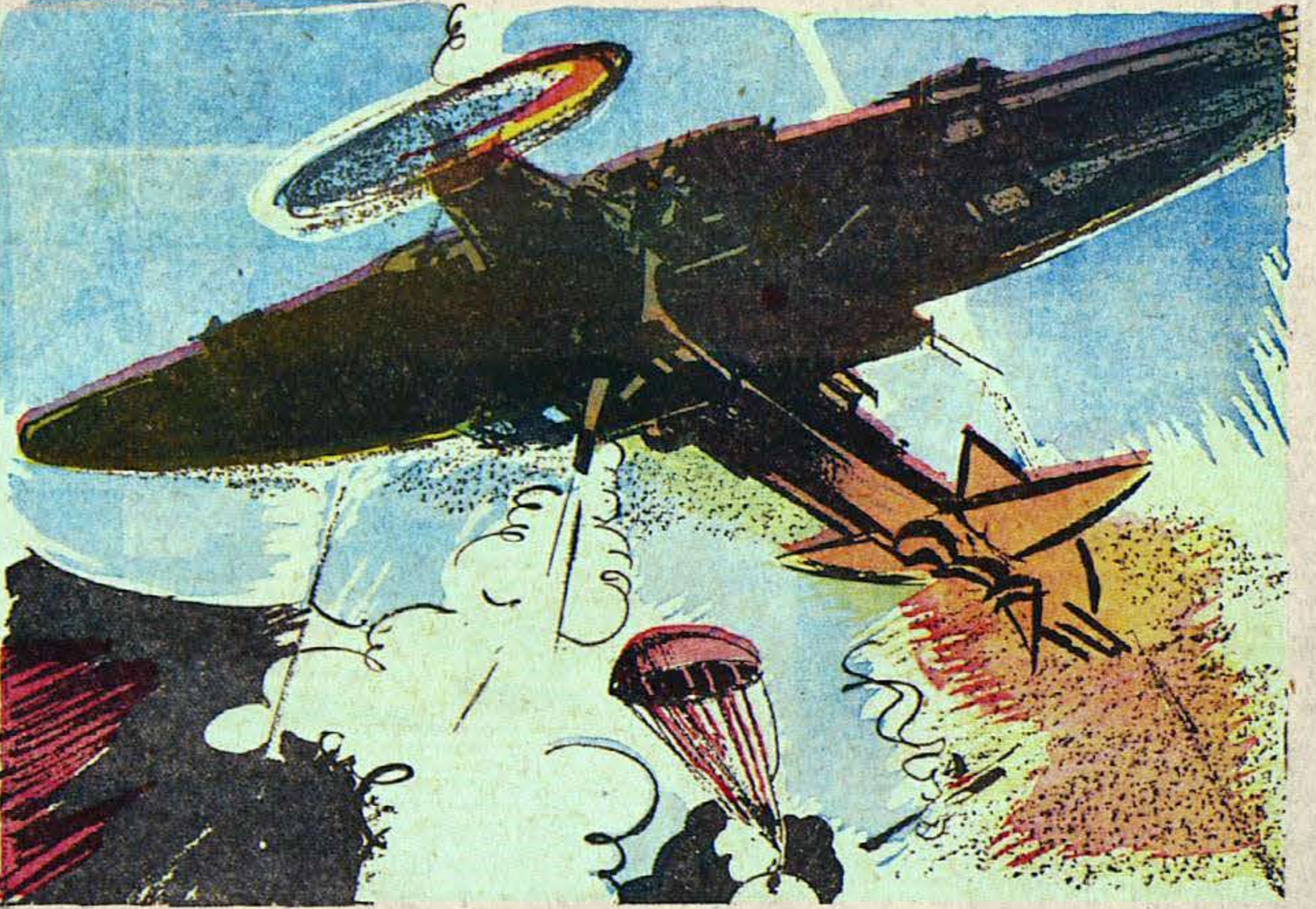
De la vida subterránea de Mercurio hablaremos en su lugar. Ante todo veamos su situación en el espacio, y en relación a la hornalla solar. El mundo de Mercurio es un verdadero suburbio del Sol. Se halla constantemente como pegado al Sol, y da vuelta alrededor de él como uno de esos bichos alados que giran enloquecidos alrededor de la llama, hasta caerle adentro. La imagen de Mercurio evoca esa locura de toda bestia con alas, locura irresistible hacia el intenso resplandor, hacia la luz que es como la esencia misma de la creación. Alrededor de los islotes con faro, el mar está sembrado de cadáveres de pájaros que, pese a sus alas poderosas como toda ala de pájaro marino, han caído rendidos, fulminados de fatiga, ¡por qué?, por la



rrera de Mercurio hace que su giro entero alrededor del Sol, que para nosotros no requiere menos de 365 días, acabe en 88 días. Como Mercurio es, más bien que un astro, un apéndice, un suburbio del Sol, es natural que esté casi siempre perdido en la inmensa irradiación luminosa del grande astro del día; pero cuando éste se pone, e inmediatamente después, o cuando se levanta, e inmediatamente antes, es posible ver a simple vista a Mercurio, como ahora, pues su separación aparente del Sol, o sea su elongación a la puesta de éste, es ahora la más grande de todo el año 1933.

Con más suerte que Copérnico, la vista de Mercurio en las épocas propicias nos resulta relativamente fácil. Hay que tener presente que Copérnico no tenía anteojos; pues con estos es posible ver a Mercurio en pleno día, cuando el Sol está alto en el cielo. Y en pleno día lo estudian los astrónomos, que ocultos bajo la cúpula de su observatorio pueden enfocarlo en cualquier momento. Verdad es que la observación telescópica de Mercurio no se puede hacer sino con grandes dificultades; sí embargo algo se ha sacado de ella. Con pertinacia heroica, Schiaparelli logró reunir a través de muchas y penosas observaciones un conjunto de manchas, conjunto muy modesto a decir verdad, que se parece a una E mayúscula.

Cosa curiosa: En la Luna se encuentran parecidos humanos, y en los planetas parecidos alfabéticos. En Venus se puede vislumbrar cerca del cuerno austral algo parecido a una F; el mapa de Mercurio se parece a una E con varios accesorios y en Marte se pueden ver a veces con grande evidencia una gigantesca V en la Sirtis Mayor, o una O en Elisium, u otra O alrededor de Hellas. Júpiter y Saturno se presentan trajesados a rayas como los presidiarios de Ushuaia; Urano y Neptuno tienen manchas indefinidas, y Plutón está a tan inmensa distan-



insensata, inexplicable necesidad que tuvieron de correr, de perseguir perdidamente el haz de luz proyectado kilométricamente, sobre las negras aguas, en la negra noche, por el faro giratorio, haz de luz al que naturalmente la distancia más y más grande imprimía una velocidad espantosa, superior a todas las fuerzas de los pobres volátiles que sin embargo no cejaban hasta caerse muertos.

La velocidad con que Mercurio gira alrededor del Sol es algo fantástico. Es cuarenta y ocho veces superior a la velocidad de una bala de cañón; del cañón más poderoso, el del proyectil cuya velocidad inicial sea de un kilómetro cada segundo, Mercurio recorre 48 kilómetros por segundo. Pero ¿cómo es posible que siendo animado de tan vertiginosa velocidad Mercurio se nos aparezca inmóvil? Este enigma en apariencia inexplicable puede ser resuelto fácil y llanamente con un razonamiento muy sencillo. La lanceta más larga, el minutero de mi reloj recorre toda la circunferencia en una hora. Sin embargo, si se mira en cualquier momento al minutero, éste aparece inmóvil. Supongamos ahora un reloj igual de aspecto, pero inmensamente más grande, es decir, que tenga, en lugar de una circunferencia de diez o doce centímetros, una circunferencia de tres mil seiscientos millones de kilómetros; ya que estamos en camino, hagamos las cosas en grande. Esa circunferencia (3.600.000.000 kilómetros en lugar de 10 centímetros) es recorrida por el minutero en una hora. Del mismo modo que en el ejemplo anterior, el minutero en cualquier momento que sea mirado aparecerá inmóvil, justamente mientras está marchando a la tremenda velocidad de un millón de kilómetros por segundo, pues justamente 3.600 (tres mil seiscientos) segundos tiene una hora.

cia de nosotros que lo vemos en los más poderosos telescopios no más que como un punto luminoso, y gracias. Los materiales de que está formado el globo de Mercurio son los más densos de todo el sistema solar.

Huelga decir que, hallándose Mercurio a tan poca distancia del Sol, sus habitantes, si los hay, deben tener mucho parecido con la salamandra de la leyenda, que vivía en el fuego. Si es verdad que el infierno es el mundo del fuego, con toda seguridad que ese mundo es Mercurio. Pues cuando nos llegue el turno y Minos nos lance al gran castigo encontraremos allá a muchos conocidos. Razón de más para que aumente el interés para aquel mundo extraño y las raras condiciones de vida en él.

Las configuraciones del suelo de Mercurio a que hemos aludido más arriba, observadas tenazmente durante mucho tiempo, han revelado una cosa muy curiosa: Mercurio da vuelta alrededor del Sol presentándose siempre la misma cara. Es decir, que la mitad del globo de Mercurio está constantemente inmundada de sol y que mantiene en toda la superficie una temperatura de hornalla, al paso que la otra mitad está eternamente sumergida en la oscuridad y por consiguiente sitiada por el frío del "cero absoluto" que es el frío de los espacios interplanetarios.

En ambos casos la vida no puede aguantar a la superficie del planeta y tiene que refugiarse en el subsuelo. Sólo allí puede sustraerse a la devastación general, a la destrucción de la superficie. Ello nos recuerda incidentalmente que en la catástrofe volcánica de la Martínica, en toda la destrucción por el fuego de la ciudad de Saint Pierre hasta ras del suelo, una sola persona quedó con vida porque en aquel momento estaba encerrada en un calabozo subterráneo. Era un negro, condenado a muerte, que fue libertado e inadulado. El capricho del inexorable acaso quiso que la única persona que estaba segura de la muerte sobreviviera a las que, a unos cuantos metros arriba de su cabeza, estaban seguras de la vida.

por
SAGITARIO
ILUSTRACION DE PAPPAGOLI

Vida Pintoresca de Rafael «El Divino Calvo»

¿QUE sucedía en la madrileña calle de la Greda aquella tarde de julio de 1882? ¿Por qué tanto alboroto?... Pues no era "ná el contesimiento", Había "salido a cuido" la mujer de Fernando Gómez el "gallo", torero famosísimo en aquella época.

Era el día de la Virgen del Carmen y a la juerguilla asistida de las calles vecinas las "debaba chequetiyas" el "acontesimiento" de la Greda. Un hijo del Gallo... Un hijo de la "Grabiela", de la gitana más "guena moza" de "toa" Sevilla... Un hijo y machazo!

En aquella tarde del 16 de julio de 1882 vino al mundo para "orguyo" a la "tauramaquia" Rafael Gallo y Ortega, el "gallo"...

Comentaban frente a la casa los gitanos "gremios".

—Pos será torero, "Resorvio"...

—Pos será hombre de lustración "Renegao"...

—Pasaron los años y el hijo de Fernando y la "Grabiela" fué torero, "torero como su padre", según la profecía del gitano "Renegao"...

Seis meses más tarde el señor Fernando el "Gallo" se "mercó una finquiya" en un pueblo "serquita" de Sevilla... Un pueblecillo andaluz blanco y alegre, Gelves... Allí se fueron con su "chaval pa que se faía deprendiera a conversa como hijo de sevillanos"... En Gelves creció el chiquillo y a los cinco años ya se atrevía a hacer desplantes taurinos, a los siete era el "mejor aficionado" entre los alumnos del colegio de "bago" al que concurría asiduamente, pues, según anticipó el "Resorvio", quería el señor Fernando hacer de su Rafaelyo un "señó cabá y de lustración".

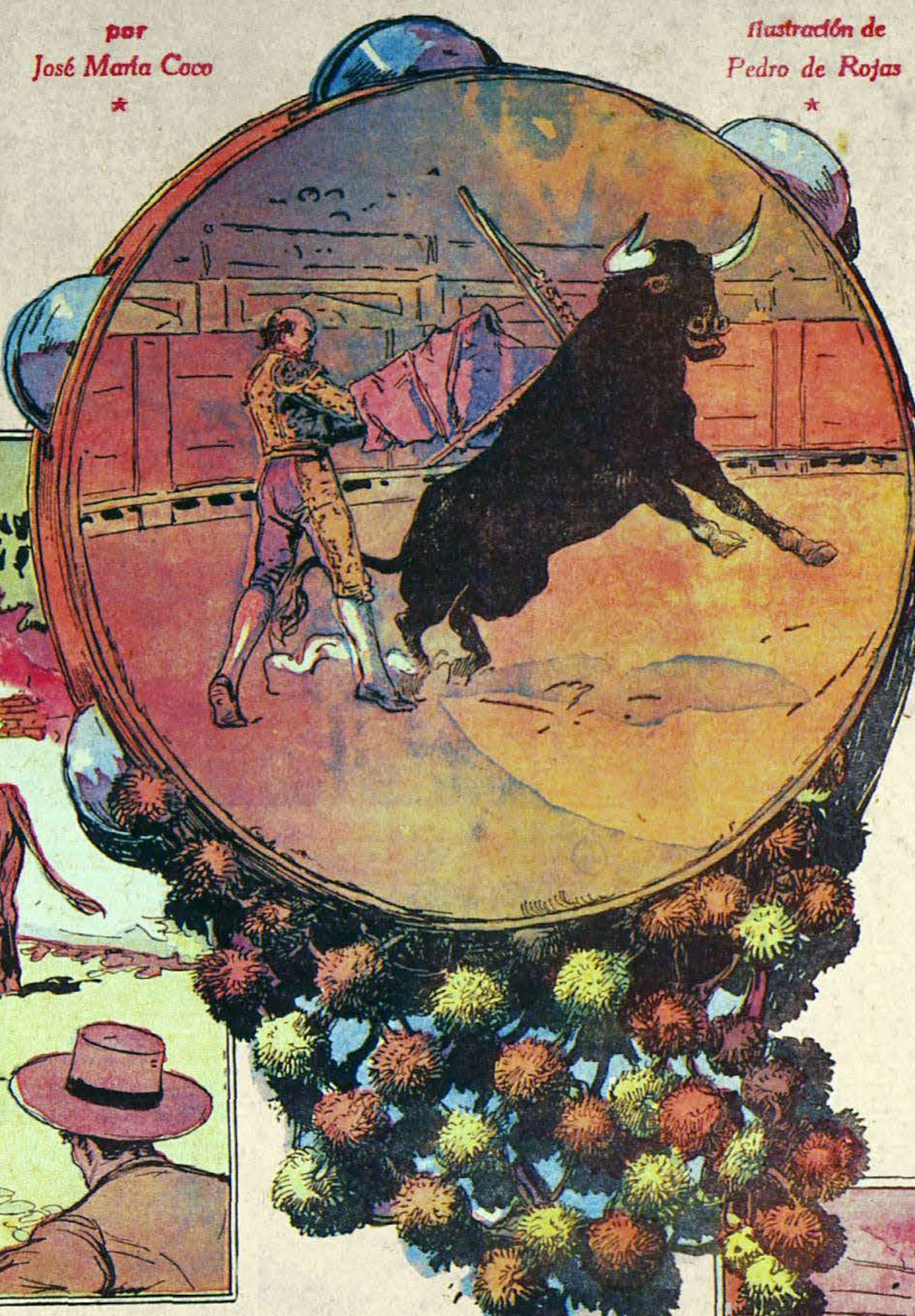
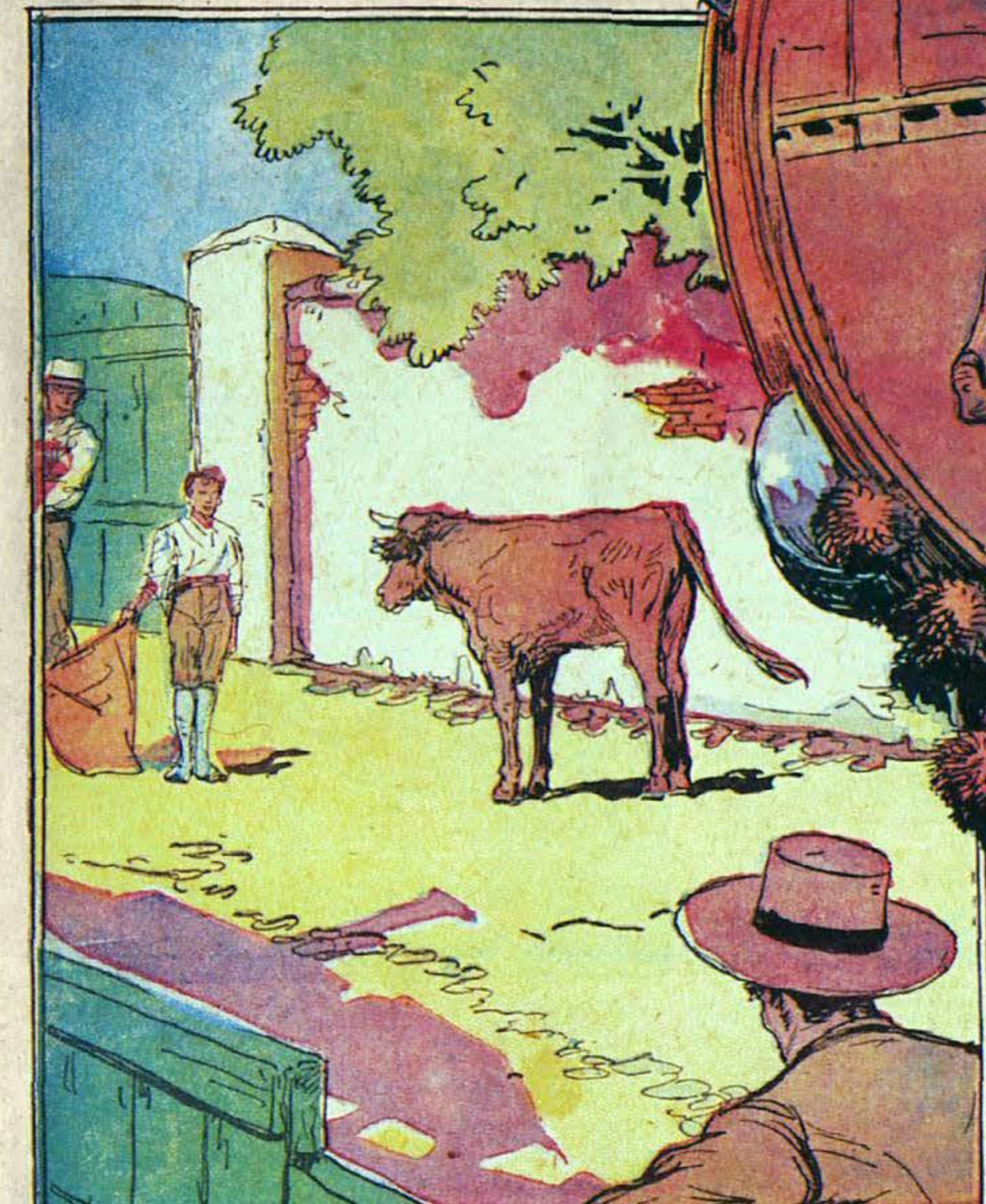


Ilustración de Pedro de Rojas



RAFAEL GOMEZ (EL GALLO)

—¿Qué será er niño?...
—¿Qué quies tú que sea?...
Pos torero, como su padre...
—Oye, "Resorvio" — dice un gitano al otro — Tú no sabes ná... no estás intrinoriso y no intimidas der matrimonio y no "chanelas" ná del asunto... Yo pueo hablar porque se sentío desá ar mismo pare... Fernando, que a su primoquito lo quí destina ná pa las dificultades de la lustración y la cultura.

—Caya... asauron... no lo pongas ya no mbrésar ar "chaves"... ¡mira que decirle nirmorgénito!... ¡Te parece bonito nombre pa un torero?...
—No veis ustés!... Eso es la "noransia" que se que trae glá a la cultura... Lo de primorgénito no quí dís un nombre determinao; así se yama en la sensia de los melcos ar "chavaliyo" que sale por delante...

—¿Osá!... Eso es buscarle dificultades a los consetos... Nosotros le juimos a la dificultad... Pero er "chavaliyo" será torero, torero como su padre...
—Allá vosotros... Er señor Fernando lo quí destina a doné en melciana, ó a inghiero, ó a procurao... Ya le han dao á él bastantes dolorsiyo los corvaos pa que su hijo sea torero...

A los ocho años le "salía a Rafael Gómez la afición taurina po arriba a la sesera"... Una tarde se enfrentó con su padre y le dijo:

—Pare... Yo quiero a toréa...
—¿Qué dices niño... atorea?... Esos son cosas pa los hombres... Tú ar colega, a deprenda cultura... Ná de toréa... ¡Tú has nio, Grabiela!... ¡A toréa!... Te vi a dá un golpe que se te va á quita la afición pa los restos...
—Pare... insiste el niño... Yo quiero a toréa... déjeme usté de complicaciones y de laboriosos... Yo quí sé torero como usté...
—¿Como yo?... Como yo no hay naide... Güeno, te voy a dividir la afición. Toma este capotivo... Ahora voy a jase serrá en er corrá un beserete y lo vas a toré alante a mí... Como no te arrires y hagas chisayas gilenas te voy a echá a ródá po er mundo... ¡Ves esa carretera?... Pos por ayí te vas a dá a buscá er cosido...
El señor Fernando llama a un "apera" de... Le da órdenes...
—Asucha, Manué... Er niño quí se torero y me tís que demostrá ahora sí tío ó no tío "maera"... Apártale un toriyo, un beserete significante y traelo pa er corraliyo, y... traeme á

mi un capote pa librarlo por sí acaso...
Rafaelyo creció tres palmos en un minuto... "No era való el haber conferensiao con su pare de cuestiones de toros!" Rafaelyo se sintió héroe... jugeteaba con el trapillo rojo... adoptaba posturas taurinas... "Ahora verá mi pare toa la sarsa que tengo"... Y... llegó el beserete, lo metieron en el corraliyo y ordenó el señor Fernando:

—Niño, vamos... á demostrá á tú pare la calidá...
Salió Rafael decidido en busca del torillo... Le hervía la sangre... Gritó con su vocecía ¡uy, toro! y el beserete se arrancó por derecho. El niño afirmó sus pies, esperó un instante, vió acercarse rápido a aquel animalito inofensivo, pequeño que a él "le pareció más arto que la Girarda"... Lo citó con el trapo rojo, lo "dejó llegar" como un maestro, un pase, dos... un adorno... otro y otro... El toro quedó a su lado quieto, dominado por el arte y la sudicia del "chava".

—¡Grabiela! — gritó el padre — Ven... observa al niño...
—¿Osá!... Qué tío!... ¡Ole mi Rafael!... Ven que te como a besos... ¡Mi niño, mi Rafael!... ¡Has observao, Manué!... Esto es la ensensia taurina... ¡Mi hijo!...
—¿Qué pasa pare?... — dice el niño — Si esto es el arfabeto... Si lo que he hecho no es ná... si yo quí se mu grande...
Unos años se pasó Rafael encerrado en un colegio sevillano. Ya lo dijo su padre "no está reyá la tauramaquia con la educación y hasta que crezca un capoteyo y tengas facturas ties que soportá y a luego veremos si continías con afición y con rificiones".

No tenía Rafael trece años y "le hervía la sangre en ansias de comerse a los toros. Por aquel tiempo "salieron pegando duro" dos toritos de Córdoba que formaron la "Cuadrilla de Niños Cordobeses". Eran dichos toreros dos impúberes que ostentaban los nombres de Rafael Molina, "Lagartijo", sobriño de su famoso homónimo el "Califa", y Rafael González Madrid, "Machaquito", un niño rubioso y valiente que se dejaba estropear la pechera de la camiseta con los afilados pitones de la

toro cada vez que salía a la plaza.

¡Sevilla no podía tolerar aquel "desplante" de Córdoba!... No era posible. Había que que deprenderian respeto los de Córdoba. Dos niños valientes y con "jechuras"... Y, se acordaron los aficionados de que Fernando el Gallo tenía un niño "mu bien plantao que le echaba seis toneladas de való y arte a los toros".

Formóse la "Cuadrilla de Niños Sevillanos" con "Galito" y "Revertito" en calidad de matadores, y en el año 1897 se presentaron en Barcelona con un éxito clamoroso, recorriendo después, de triunfo en triunfo todas las plazas españolas.

Ya tenía Sevilla su pareja de "niños".

Rafael Gómez toréó como novillero hasta el año 1902, que recibió la alternativa de manos de Emilio Torres "Bombita".

La habitación de un hotel de la Avenida de Mayo; Allí, en el tercer piso está "El Gallo". Me espera "pa conferensia". Lo ha lle acostado, dominado por "esa perje gitana que lo ha perseguido siempre". Sobre la almohada blanca se destaca su rostro acetonado. De su cuello pende una cadena con medallitas de la Macarena, "er Señó de er gran Poé", la "Virgenita" y la Paloma y otras imágenes veneradas por el "astro" taurino.

La camiseta, de seda oclor rosado fuerte, permite adivinar una musculatura de atleta. "El Gallo" fuma con displicencia un enorme cigarro y larga el humo "pa er cielo". Me habla.

—Oye, José, vamos á echá un ratito de conversasión. Te voy a contá argunos pisodios de mi vida... Pisodios taurinos y graciosos... Ná de cuestiones triviales que a naide le interesan más que ar protagonista pensiva y los dolores der corazón pa uno solo... ¡no te parese!... Pos vamos a comensá... Te voy a contá un pisodio con mucho salero y te vas a fartá de ref... Güeno... Tú habrás oío argunas ves mención mi casa de la Alameda de Hércules en Sevilla... Pos allí en er número dieinueve arrejuntyo á toa mi familia cuando murió mi probesto

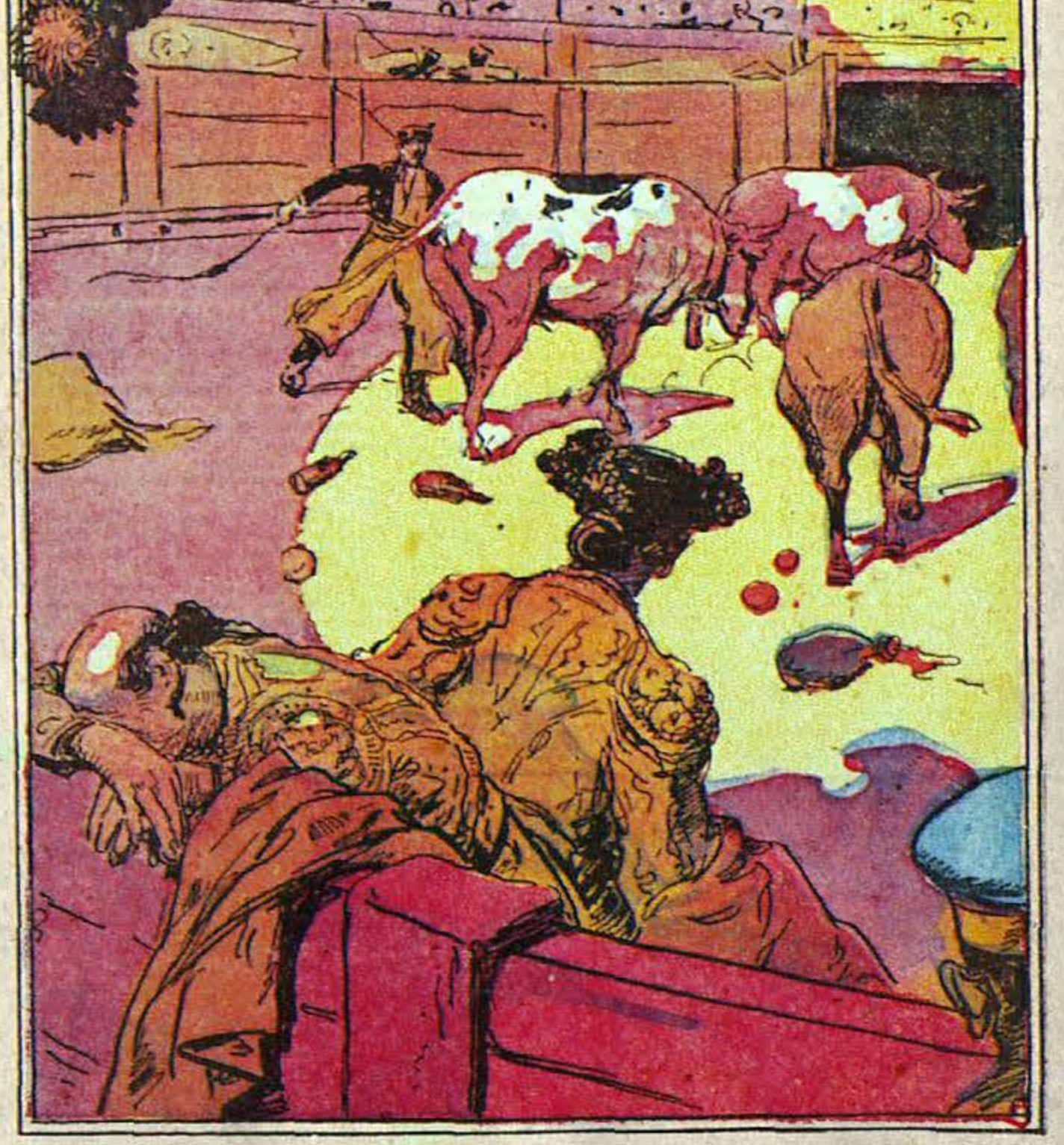
pare... Yo ganaba los duros por quintales contratas siempre pa las mejores fiestas de toros, pero he tenido por herencia táctica de argún antepasao rumboso un bujeriyo en la mano por ande se me ha ido la fortuna... Este defertivo lo conocian los probes de Sevilla y argunos se abusaban de mí como de una inocente doncella... Me recuerdo de un gitano grasioso que se presentaba to los sábados ar ma diodia en la casera de mi casa.

—Se pué pasar, Rafaé? — me decía er gacha.

—Alante, Curro. Mi casa y mi bolsa están siempre abiertas pa los probes y los necesitados... ¿Qué se t'ofrese?...
—Por mira, Rafaé... Una disgrasia con mu mala sombra — me desía yorando — Una disgrasia familiar... Mi probesta mare que s'ha muerto anoche...
—¿En qué pueo servirte, Curro?...
—Tú, que eres el Arcange San Grabié de los probes, me tías que facilitá unos duros... Ná, una significansia... dies duros, Rafaé...
—Si no es más que "ese" — me arreglao... Toma los dies duros y lamento er doló... Toma...
—Yo sí que el "Gallo" — le daba er dinero y er gitano salía rajando... Así repetía la suerte to los sábados hasta que yo un día le dije:

—Pero, ¿qué t'as pensao, asaura?... No es que a mí me duelan cincuenta pesetas los dias semanas. Lo que me duela es que pueas supóné que he perdido la memoria... ¿Por qué matas a tu Probe mare tío los sábados?... ¡No lo pueas cambiar por otro a la familia?... Y er tío aquel con mucha grasta me dice: No puea, Rafaé, a mi probesto pare lo mato pa sacarle duros toas las semanas a un señorito de la caye la Sierr...

—To er mundo sabe — continúa el "Gallo" — que yo he sido un torero de primera. Esto no se pué negá y yo no me voy a jase el hipocrita y voy a desd sandeses. Yo he sido en er torero arto mu elevao. Pero ahora te contafé un relato que no le jise en jamás a dengún periodista der universo... Tú habrás oío con-



versá sobre mis fracasos, sobre mis celebrissimas "espantás", pos allá vá er secreto de mis "espantás" y er secreto de mi indiferencia cuando el público se metía con mi presona... Yo, José, soy artista, pero artista e corazón, artista de mu adentro. Yo he tenido que sentí ante er toro la inspirasión para jase con é toas las cosas que en er mismo instante me se venían ar sebrebro... Fijiste una comparación pa aclará este conseto...

Supongo que tú habrás sentío de nombre a Julio Romero e Torres ca sío er pintó más sebrebro de la humanidad... Pos a Julio Romero le acontesta lo mesmito que a mí. Muchas veces Julio, que era mi gran amigo, me yevaba con él a su estudio é pintó. Yo yegaba, me tendía en una tomana y observaba a Julio. El se ponía su blusita blanca, toa churretosa de pintura, cogía la paleta y los pinceles y se daba unos pasitos po alrededor del tallé... Argunas veces se iba como un rayo hasta er lienso y comensaba a pintá y pintá horas y horas hasta que me desía: "Vete Rafaé, que tengo inspirasión y no cargo de acé ni atao por los seviles. Yo me najaba y allá se quedaba Julio pintando. Otras veces Julio se daba siete blancos paseos alrededor de la tela blanca y cada dos horas daba una pincelada significante, una sola, y me desía: "Vamos pa la caye. No tengo hoy arto pa pintá"... Pero, tú sabes lo que valía aqueya pincelá... ¡Pos miyones, ná más que miyones!...

—Yo — sigue Rafael — he sido lo mesmito que Julio Romero. Ca uno en su arte... He sentío argunas tardes frente ar toro la inspirasión y he acabao en una hora con to los toreros, naide se pué compará conmigo... Otras veces no he tenido inspirasión y he salío corriendo, me he tirao ar cayejón de cubeta, he dao trescientas "espantás" y se han yevao er toro vivo pa los corrales... Pero, si en una tarde de fracaso jasia arto, era como una pincelá de Julio Romero, arte, arte puro... Se me ha discutío tanto como a la política, he saboreao los triunfos mayores a que puea aspirá un mortá, he salío de la plaza en hombros de la murtitá unas veces, en hombros hasta mi casa, gritándome aquellos miles de almas las palabras más delicias der disonario, y otras veces he salío de la plaza rodeao de guardias siviles las iras de la gente... Así he sido siempre... No fui jamás un torero vurgá, uno de esos que se euegan de las astas pá presumí de való y se van después pa el hospítal o ar sementerio. No, yo he sido y soy artista y nunca he pensao que sea arte el dejarse matar por un toro... Eso é suicidio... Lo mío es torero...

—Ya te he dicho que a mí se me discutía en to los entrenos, pero me contrafaban de toas las plazas y anunciá mi nombre en los carteleros era enyena er circo taurino hasta er tejae... Una tarde, en Madrid, allá por el año 1908, vi salir por la puerta a los toriles un toro de Carabajal mu bien plantao y bravissimo. Yo me dije pa adentro de mi presona: "Amos, ká-

cuatro pares de banderiyas. Lo atoreá de muleta y con to mi arte y le metí la espá por el hoyo de las agujas... Cayó er toro, que era el último de aqueya corria, se echó er público al redondele y abrieron la puerta grande de la plaza de Madrid y salí en hombros de los entusiasmas hasta la fonda...
—No me quiero dar importancia... Lo que he sido yo lo sabe er mundo. He tenido también los fracasos más grandes en la historia der torero. En San Sebastián, por ejemplo, vi cinco años seguidos y me esperaban en la estación más de tres mil personas pa... ¡Incharme. Gracias a que er señó gobernáo mandaba un piquete de la guardia sivi de a cabayo pá que arrodalara mi coche hasta yegá al hoté. También al ir y volvé de la plaza é toros iba arrodado de guardias siviles. Yo le desía a los de mi cuadría: "Fijarse, chicos; voy por San Sebastián como er rey de España... escoltao". Hasta que una tarde salió un toro pa mi lusimiento y les jise orví en quince minutos toa la Inquieta y la rabia de cinco años...
—También he tenido más cornas graves... No creas que to han sido flores... En Madrid me dió un cornalón un toro de Miura que fartó er canto de un duro pa morirme. Fué un desculo, argo parelo a lo que sucedió a mi hermano Joselito en Talavera, donde, por confiao, me lo mató un toro marrajo de la ganadería de Ortega... ¡Pobre Josel! ¡Qué torero enorme y de facturas!... Después tuve otras graves. Una horrible en er pecho me dió un toro en Argesiras, otra en Méjico, en fin, muchas... pa que digan los partidarios de otros toreros que er Gayo no ha sido castigao... Mira estas cicatrices... Cuenta... Contórn cornas graves... ¿Qué querían los gremios?... ¿Que me dejara matá pa darles complasencia?... Y es que muchos no pudieron soportá lo que ellos disen "er orguyo de Rafaé"... No es ná ha sido orguyo. Ha sido consensia de la profesión... Yo, por ejemplo, restiva en el despacho de mi casa en la Alameda, en Sevilla, un dibujo en colores que liso Roberto Domingo, que me reproducía en una tarde fatá: Mientras los mansos se yevaban mi toro ar corrá, yo lababa con tranquilidad la muleta. Eso era er cuadro... Otros toreros, también José mi hermano, erstiban cuadros de sus triunfos... Yo de mis fracasos, y a eso le desían "el orguyo de Rafaé"...

—Estas discrepancias con la afición y otras cuestiones íntimas, que no hay por qué men-

Hoy, Gran Mitin en la Selva

Selva

A acción de este drama animal se desarrolla en plena selva africana. La escenografía representa un vasto cementerio de bestias concurrido para el día de hoy.

El director artístico de la obra podrá sembrar de ornamentos, ad libitum, el piso del escenario. El leopardo el telón, la escena está vacía.

De tiempo en tiempo llega a oídos del espectador el ruido de los motores de las banderías que surgen a lo largo de la vía del territorio o el ronzar de las máquinas de vapor que cubren la zona que forman sus estatuas para una nueva película terrorífica de Boris Karloff o el estruendo de una jazz que viene a entornarse a África para desahogar a un coro localista a una noche de moda.

Segundos después de haberse alzado el trapo, entra a escena un elefante, se acueta y se muere. En seguida entra un zorro, el cual al estar en el centro de la selva, SPEAKER — Buenos días, buena presa y buen apetito, amables oyentes. ¡No consuman carne humana! es inductivo. Escucharán a continuación la versión sinfónica del tango "Servicio con encharca". (Música).

(Entra a escena, arrastrando idénticamente la cola, el León).

SPEAKER — Hemos trasladado música argentina inspirada en una composición de Chopin. La empresa de turismo "Dígame Viajando" comunica a los leones y tigres del grupo "A", que de ahora en adelante se encontrará en el bosque "B" a las 15, hora en que se concentrará en el mencionado punto un grupo de turistas españoles y tigres para hacer uso de sus mejores rugidos.

TIGRE — (Bien enojado). ¡Ya estoy afónico de chillar para los señores turistas! (Se sienta y cruza pata sobre pata).

SPEAKER — Y ahora, amables radioscuchas, daremos comienzo a nuestro curso de imitación de la voz para la mejor emisión del rugido. Esta clase novelista y psicológica Miss Smith, LEON — (Entrando). ¡Lánda no más! ¡Ahora resulta que nos plantan a una urraca ante el micrófono para que nos haga trabajar en horas extras!

TIGRE — ¡Será necesario hacer intervenir al sindicato! ¡Fuera de las ocho horas reglamentarias, yo no rugiré! (Se levanta y se dirige al micrófono).

LEON — (Señalando). ¡Ese es por eso que yo, el León, el rey de la selva, como dicen los hombres, he estado para hoy, en este lugar, a todas las horas, día y noche, para que se me haga difícil que vengan. También nosotros, los animales, carecemos de espíritu de clase.

LEON — Ya he mandado a la cotoirra que retire a los ámbitos del bosque deparamientos de la policía. Dentro de pocos instantes el leopardo asaltará el broadcast. (Displectico) Le he dado carta blanca para que me quite a palanca a la memoria esa de la psicología (Nervioso) En ese mismo momento los micros poblarán la selva de chlidios. ¡Será la señal! Verás entonces si hay o no solidaridad entre los vertebrados involucrados.

TIGRE — Todo está en silencio. Hasta la Miss ha callado. (Pausa).

TIGRE — Estoy nervioso como cuando conocí a mi mujer. (Silencio).

TIGRE — (Con acento de añoranza). ¡Podremos volver a decirle algún día, cariño, que amo a un mundo de los hombres se dice que el anhelo de reivindicaciones lleva a la revolución. Y nosotros, tansianos tanto... ¡Challemos! El cocotero tapa ya al sol.

LEON — Un poco más y oírmos mascar al leopardo.

TIGRE — Será música tratada a nuestros oídos. (Silencio, Recordatorio al León). ¡Tú no eres buen amigo!

LEON — ¡Nunca te he arrebatado una pieza de entre las fauces!

TIGRE — Pero has mandado al leopardo a recogerse con los huesos de la novelista.

LEON — Para eso me tener me hacía falta un conchón y no un silencio. Nuestro común amigo encullirá a ese ser vertical sin alcanzar a tomar el gusto de su carne. Y en esta ocasión es necesario utilizar la urgencia. En cuanto a ti, ya te daré oportunidad de mascar tejidos frescos y sabrosos.

TIGRE — ¡Los movimientos peristálticos y antiperistálticos de mi estómago se agudizan!

LEON — Volvamos a callar.

leen mis libros en que describo los rugidos cual trueno y los zarzapos como rayos cuando oigan vuestros gritos anémicos y vean vuestro andar pavoroso y jaiáifé! Para terminar, algunos alaridos como para entrar en calor y estar listos para la hora del trabajo. A la una, a las dos, y a las tres. ¡Grrrr!...

TIGRE — ¿Es él? LEON — ¡Ain no. MISS SMITH — ¡Grrr, grrrr! LEOPARDO — (Por el micrófono) — ¡Grrrr! LEON — ¡Es él, es él! LEOPARDO y MISS SMITH — (Rugien a dúo).

LEON — ¡Tiemblo! ¿Quién se come a quién? TIGRE — ¿Acaso ella sería capaz de...? LEON — No creas. ¡Su dentadura es postiza!

TIGRE — ¿Qué pasará? El momento calla. LEOPARDO — (Por el altoparlante, con eco). ¡Puff! ¡Se trata por ciento de huesos, treinta de relleno de algodón y el resto de carne fibrosa e insulsa... ¡Puff!

(Las bombas estallan en una gran batubata). COTOIRRA — (Llega volando). ¡El leopardo comió su papita! ¡Qué rica la papita del leopardo! ¡Hoy, hoy gran mitin en la selva hoy!

LEON — ¡El instante se acerca! Me siento como un párvulo antes de tomar la primera comunión. (Pausa) ¿Oyes? ¡Ya están llegando!

COTOIRRA — ¡Y! ¡Avanzan! ¡Y vienen en fila de hombres! LEON — Lo mejor del reino animal acudirá a la magna cita. COTOIRRA — Al frente marcha el cocotero. Le siguen la tortuga, una jirafa, el pavo real, un asno y el borrego.

TIGRE — ¡Valiente catarata de tonitos! LEON — Cuanto más tonitos, mejor. Engrosarán las filas del oficialismo. COTOIRRA — Por el lado donde el día se apaga llegan el piroceronte, el lobo, un tapir, el zorro y una yegua. ¡Y una gran multitud de bachatacos chiflos.

LEON — Esa será la oposición. (Ruge pausadamente con aire de tenor de lirica de barba). ¡Cómo estoy de voz? TIGRE — ¡Magnífico! ¡Impoponente!

LEON — Será necesario que me imponga de entrada... (Silenciosamente van entrando los animales. Toman asiento sobre las literas, al primer término y toro, dejando el centro de la escena libre).

LEON — (De pata sobre un trocero. Con otro trocero y voz temblorosa) Declaro abierta la asamblea y la asamblea me declara electo su presidente. (Ruge fuerte). ¡Hay oposición?

(Murmullos) LEON — Procederemos ahora a elegir secretario. TIGRE — (Al oído del León) Doy los votos del sector de los feroces por el cargo... LEON — ¡Silencio! (Carraspeando) Por unanimidad la asamblea ha nombrado secretario al Tigre. (Este se ubica frente a la presidencia).

COTOIRRA — ¡Que hable el secretario! LEON — ¡Silencio! ¡Carraspea! Señores: debemos acabar de una buena vez con el hombre... TODOS — ¡Abajo el hombre! ELEFANTE — (Llorando a lágrima viva). ¡Buh, buh, buh!

LEFANTE — ¿Qué pasa? COTOIRRA — ¡Pobrecito el abuelito del elefante! ¡Buh, buh, buh...! LEON — (Impresionante). — Pido a la honorable asamblea se ponga de pata en homenaje al tallo.

TODOS — ¡Que se vote, que se vote! LEON — Señor secretario: ¡que se llame a plebiscito!

TIGRE — ¡Honestos asambleístas! un elefante, un hermano, ha muerto. Tenemos que rendirle el testimonio de nuestra admiración y respeto. La presidencia propone:

Artículo 1º — Que la Gran Asamblea de Bestias se ponga de pata en su honor. Artículo 2º — Comuníquese, publíquese y archívese. Los que estén por la afirmativa, que levanten los hocicos. (Afirmativa).

LEON — Ruego a las humanitarias bestias se sirvan cumplir con el decreto. (Se cumple).

LEON — ¡Ha muerto algún pariente de otro compañero? (Voz contestada) Volvamos a la orden del día. Señores: la presidencia se hace un deber en declarar... VIBORA — (Emergiendo de entre unos vuyos hace oír ese "viii" característico que constituye el éxito del film "Si yo tuviera un millón").

LEON — Señor secretario: ¡Haga usted sonar la campana de alarma! TIGRE — (Estupefacto) — No tenemos...

VIBORA — (Hace oír su cascabel). LEON — ¡Quién se atreve a faltar al respeto a S. E. la presidencia? VIBORA — ¡Yo! (Repta hasta el sitio) Pido la palabra: ¡Animales!...

LEON — Ruego a la vibora se sirva no faltar al respeto a los vertebrados. VIBORA — (Recalcando): Señores animales! (Murmurando de satisfacción) Ha habido aquí una verdadera usuración de poderes.

LEON — ¿Qué pretende usted insinuar? VIBORA — ¡Que hubo fraude! TODOS — (En coro). ¡Fraude! ¡Fraude! ¡Fraude! VIBORA — ¡Que hubo un despojo vergonzoso, un descaro de pisoteo de los derechos cívicos!

LEON — Pido a las bestias se sirvan no olvidar ni confusión de animal más explotado. VIBORA — ¡Miente! ¡Ese soy yo! Durante veinte años he servido de reptil al servicio de un encantador de serpientes... LEON — (Impoponente) Señores: ¡Silencio! Soy el León de la Metrópolis-Goldwyn-Mayer (Silencio absoluto).

VIBORA — ¡Es un alarde ridículo! ¡Todos hemos sido proletarios del hombre! YEGUA — ¡Bien dicho! Pido a la Honorable Asamblea no deje de lado a la humilde raza caballar.

ASNO — Se ha mancillado mi nombre adjudicando mis cualidades a un 50 oio de los hombres... ZORRO — Y de la otra mitad de ellos tiene semejanza conmigo. CERBA — De mi piel salió el traje pijama.

URRACA — Hasta el León menospreció mi figura al compararla con la de la cotoirra de Jaula de los Impositores. COTOIRRA — ¡Insultos hace que usted es más mujer que urraca... URRACA — ¡Mujer yo? LEON — (No puede ser que otros nos gobiernen! VIBORA — (Sarcastica) ¿Qué más puede ser que otros nos gobiernen? TODOS — ¡Nazi! ¡Antisemitas! LEON — ¡Mentira! No tengo vinculación alguna con los nacionalsocialistas. Quiero ser vuestro jefe, vuestro conductor, porque sé de las debilidades de los animales y de la fuerza de los hombres. Soy una víctima de la standardización, de la mecanización y de los tecnócratas. Me llevaron a Hollywood, sacaron veinte metros de copia fotográfica de mi cuerpo, grabaron un cilindro de cera con mi voz y, mientras mi imagen y mi acento pasaron a ser características comerciales para cientos, miles, millones de metros de celuloide, mi cuerpo y mi voz han vuelto a la jungla a cubriros de olvido.

VIBORA — ¡Géjase de la gloria! CHIVO — (Insinuante, al León) ¿Le pascaron los derechos? VIBORA — Ruego a los cocoteros contengan el ruidal de las grammas que el discurso sentimental del León les ha provocado.

Ruego al democrático Rey de la Selva, roguro a su apompa y a escuche Ruego a la asamblea me atienda y sancione. Señores: Hay algo en que no habéis pensado y ese algo son los animales que no habitan en este rincón. Yo, la Vibora, traigo la representación — y con ella el voto — de los peces de los mares y de los animales de los cuatro continentes que, con este, forman el orbe.

LEON — (Desencorajado) ¡Fraude! VIBORA — ¡Aquí traigo los papeles! LEON — ¡Fraude! COTOIRRA — (Que se vote! TIGRE — Es inútil. ¡Tienen mayoría! LEON — ¡Tienen, eso es, tienen! ¡Ellos, los otros, los desconocidos, los peces de los mares y los animales de los cuatro continentes restantes!

TODOS — ¡Fraude! ¡Fraude! LEON — Y nosotros, nosotros los que sufrimos juntos la tiranía de las empresas de turismo... TODOS — ¡Bravo! LEON — ¿Que apuntamos el pestilente olor de la nafta de la Standard Oil... TODOS — ¡Bravo! LEON — ¿Que debemos alimentarnos de carnes sin vitaminas... TODOS — ¡Bravo!!! LEON — ... nosotros debe-



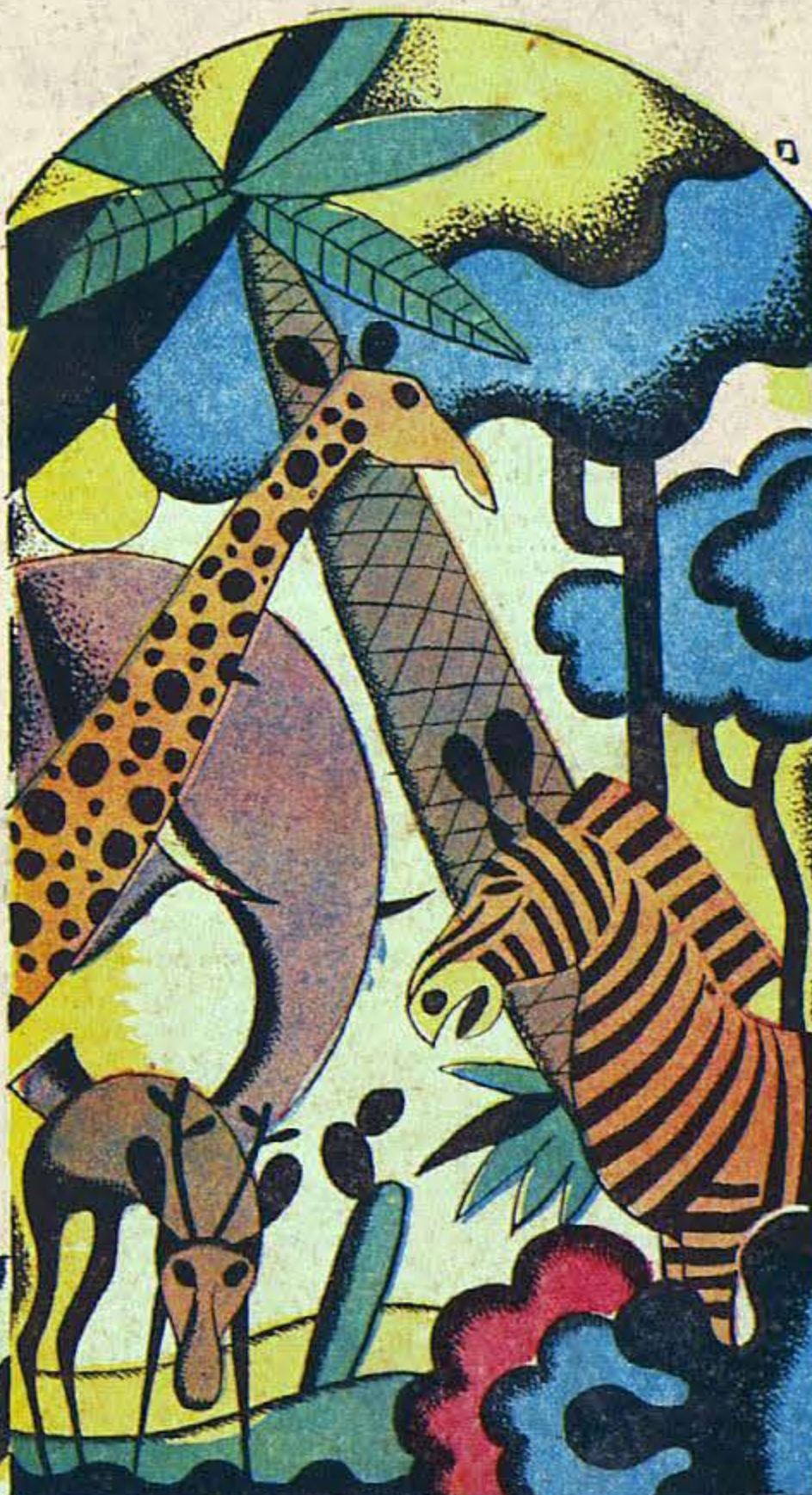
mos dejar perecer nuestra independencia... VIBORA — (Interrumpiendo) ¿Independencia? ¿Qué independencia? El Reino Animal es uno y todos los animales son sus súbditos. Todos, menos el hombre. ¿A qué viene ahora ese espíritu de separatismo? VIBORA — (No puede ser que otros nos gobiernen! VIBORA — (Sarcastica) ¿Qué más puede ser que otros nos gobiernen? TODOS — ¡Nazi! ¡Antisemitas! LEON — ¡Mentira! No tengo vinculación alguna con los nacionalsocialistas. Quiero ser vuestro jefe, vuestro conductor, porque sé de las debilidades de los animales y de la fuerza de los hombres. Soy una víctima de la standardización, de la mecanización y de los tecnócratas. Me llevaron a Hollywood, sacaron veinte metros de copia fotográfica de mi cuerpo, grabaron un cilindro de cera con mi voz y, mientras mi imagen y mi acento pasaron a ser características comerciales para cientos, miles, millones de metros de celuloide, mi cuerpo y mi voz han vuelto a la jungla a cubriros de olvido.

VARIOS — (Impacientes) ¿Que se vote! VIBORA — (Al Tigre) Para hacer tiempo, pase lista. TIGRE — (Comienza a leer). LEON — (A la Vibora) ¿Qué me oferta? VIBORA — Yo nada... Usted me insinúe que... LEON — Necesito mantener mi centro. Ya estoy viejo y desdentado. ¡Usted hará un gran primer ministro! VIBORA — ¡La cancellería y la autoridad para mí? LEON — Eso digo. VIBORA — ¡La corona y los honores para vos? LEON — Eso digo. VIBORA — ¡Reparto equitativo en los negocios? LEON — Eso digo. VIBORA — Señor secretario,

VIBORA — Por ello es que lo propongo para que la Honorable Asamblea lo designe su presidente. TODOS — ¡Viva el Rey de la Selva! LEON — (Comosido) ¡Gracias, vasallos míos, gracias! El agitado sistole-diastole de mi corazón me invade traduciendo en palabras mi emoción. ¡Gracias! TIGRE — ¡Viva el Rey de la Selva! TODOS — ¡Loor, loor, loor! VIBORA — Pueblo: traductor fiel de los sentimientos, de la voluntad de nuestro monarca, sean ahora mis palabras las que os guíen. LEON — (Estupefacto) ¡Egmo!... TIGRE — ¡Pst! ¡Silencio! (Con respeto) ¡Habla el Primer Ministro! TODOS — ¡Hurra! VIBORA — (Al León) Vos dormid vuestra siesta. (A todos) Seré yo quien os conduzca hacia el ideal.

YEGUA — ¿Ideal? BURRO — ¿Qué ideal? VIBORA — ¿Cuál ideal? VIBORA — ¡El ideal común, el anhelo de todos; el exterminio del hombre! TIGRE — (Lependo) Entramos en el inicio "B" de la primera parte de la orden del día: la muerte del ser perpendicular. TODOS — ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! VIBORA — ¡Eso, eso es lo que necesitamos! Unanimidad de criterio para con el criterio de los gobernantes. Y yo, gobierno, Proclamo: ¡Guerra al hombre!

TODOS — ¡Guerra! ¡Muerte! ¡Guerra! VIBORA — Nada de palabras: ¡A la acción! ¡Avancen! ¡Copen sus posiciones, obstruyan los bosques desde el "A" hasta el "Z", envenenen sus aguas, desangren, triturén, consuman sus cuerpos! ¡Avancen! TIGRE — ¿Iremos todos? TODOS — ¡Todos! VIBORA — ¡Iremos como un solo animal! TODOS — ¡Sí como uno solo! VIBORA — Y cuando ellos se conviertan en bolos alimenticios, cuando de sus cuerpos no queden más que huesos secos al sol, seremos los dueños.



TIGRE — Estamos en el inciso "A" de la primera parte de la orden del día. Dice así: (Lee) "Elección de presidente" YEGUA — ¡Y a qué tanto discutir? ¡Votemos! VIBORA — ¡Que se vote! VIBORA — (Al León, en voz baja) Os propongo un arreglo. LEON — Lo mismo digo. TIGRE — (Que oye gritar). ¡Contubernios, no! VIBORA — (Al Tigre) Escuchad... ¡Tal vez os convenza... TIGRE — (Clauducando) ¡Tado sea por la causa común!

interrumpid vuestra lectura. Honorable Asamblea, atención: Hace un momento hice uso de mi día lectivo para fustigar al León... TODOS — ¡Abajo el León! VIBORA — ... pero ahora debo deciros honradamente que esa actitud ha sido producto de una momentánea ofuscación. VARIOS — ¡Viva el León! OTROS — ¡Abajo el León! VIBORA — El verdadero, el único, el legítimo conductor de vuestros destinos, es el León, el Rey de la Selva. (Silencio) ¡Adelante!

(Nadie se mueve. Pausa). RATON — Pero... ¿quién le pone el cascabel al gato? VIBORA — Nosotros, el Rey, su Primer Ministro y el Secre-

tao dirigiremos desde aquí vuestros acciones. (Una destronadora silbota). ¡Ni tocaremos vuestro botín! La conquista os pertenece. (Pausa. Todos permanecen inmóviles). LEON — (A Todos) ¿Y? TIGRE — ¡Adelante! UNOS — ¡Avancemos! OTROS — ¿Qué esperan? TIGRE — ¡Adelante... LEON — ...Contra... VIBORA — ...El... TIGRE — ...Hombre! TODOS — ¡Adelante contra el hombre! ¡A. C. E. H.! ¡A. C. E. H.! (Comienzan a saltar). TIGRE — ¡Rujan, rujan ahora!

LEON — ¡Grrrr, grrrr! ¡Si me loveran ahora los de la Metro Goldwyn Mayer... UNOS — (Lejos) ¡A. C. E. H.! ¡A. C. E. H.! TIGRE — ¡Adelante... LEON — ...Contra... VIBORA — ...El... TIGRE — ...Hombre! (De pronto, todos callen. Un sumbido llena la atmósfera). VIBORA — ¡Cielos! ¡Conectaron el micrófono! (Una voz, voz humana, puebla la escena desde el altoparlante). SPEAKER — Reanudamos nuestra transmisión... LEOPARDO — ¡Maldición! Omhí comiere a ese insecto. SPEAKER — (Continuando) ...momentáneamente, interrumpida por la desaparición de Miss Smith (Melancólico). Que su cuerpo sea nutritivo y su alma reposo en paz!

SPEAKER — ¡Dios te oiga! LEOPARDO — Y ahora, en nombre de la empresa de turismo "Dígame Viajando" debo comunicar a los animales que tenemos conocimiento de su sublevación. TODOS — ¡Oh!... SPEAKER — Somos magnánimos. No os castigaremos.

(Todos, estáticos, abren la boca y gritan. Finalmente primero, más fuerte después y por último, tal como Miss Smith la había descrito y ellos nunca pudieron aprender).

por MICHE JACOBY ILUSTRACION DE GUEVARA



Cómo se hace un Monstruo

... **Y** surgía en Bahía el anacoreta sombrío, con el cabello crecido hasta los hombros, la barba inculta y larga; el rostro cadavérico, iluminado por una mirada fulgurante; monstruoso, dentro del hábito azul, de brin americano; apoyado al clásico bordón en que afirman su tardío paso los peregrinos...

Se desconoce su existencia durante tan largo período. Un viejo criollo, detenido en Canudos en los últimos días de la campaña, algo me dijo a su respecto, pero vagamente, sin precisar fechas, sin pormenores característicos. Conociérame en los sertones de Pernambuco, uno o dos años después de su partida de Crato. De las palabras de este testigo, deduje que Antonio Maciel, joven aún, impresionaba ya vivamente la imaginación de los sertaneros. Aparecía por aquellos lugares sin destino fijo, errante. Nada revelaba sobre su pasado. Hablaba con frases breves o raras monosílabos. Andaba sin rumbo cierto, de un apeadero a otro, indiferente a la vida y a los peligros, alimentándose apenas y ocasionalmente, durmiendo al riente, a la vera de los caminos, en una penitencia prolongada y ruda...

Tornóse pronto en algo de fantástico o embrujado para aquellas gentes simples. Al acercarse a las ranchadas de los troperos aquel viejo singular, de poco más de treinta años, cesaban los contrapuntos y las guitarras alegres enmudecían.

Era natural. Surgía escualido y macerado, dentro del hábito escuadrado, sin relieves, mudo como una sombra, de las chapadas pobladas de duendes...

Pasaba buscando otros lugares, dejando abortos a los lugareños supersticiosos y crédulos.

Dominábalo, por fin, sin quererlo.

En el seno de una sociedad primitiva que por las cualidades étnicas y la influencia de las santas misiones malévolas, entendía mejor la vida por lo incomprendido de los milagros, su vivir misterioso le dio bien pronto de un no vulgar prestigio; agrandándole, tal vez, al temperamento delirante. Poco a poco, todo el dominio que, sin cálculo, difundía a su alrededor, parece haber refluído sobre sí mismo.

Todas las conjeturas o leyendas que bien pronto le rodearon, hicieron el ambiente propicio a la germinación del propio desvarío. Su insanía estaba allí, exteriorizada. Se reflejaba en la admiración intensa y en el absoluto respeto que le tornaron tras breve tiempo en árbitro incondicional de todas las divergencias o riñas, en consejero obligado de todas las decisiones. La multitud ahorrábase la indagación torturante acerca de su propio estado emotivo, el estudio de aquellas interrogativas angustiosas y de aquella introspección delirante, entre los cuales evolucionaba la locura en los cerebros agitados. Volvía a modelarse a su imagen. Crebálo. Ampliábase desmesuradamente, la vida, lanzándolo dentro de los errores de dos mil años.

Y al evangelizador surgió, monstruoso, pero autómatas. Aquel dominador fué un títere. Obró pasivamente, como una sombra. Pero ésta condensaba el oscurantismo de tres razas.

Y tanto creció, que se proyectó en la Historia...

De los sertones de Pernambuco pasó a los de Sergipe, apareciendo en la ciudad de Itabiana, en 1874.

Allí llegó, como en todas partes, desconocido y sospechoso, impresionado por su vestimenta rara: un camión azul, sin entalle, de alas anchas, cañías, y sandalias. A la espalda un sarrón de cuero en el que llevaba papel, pluma y tintero, la "Misión Abreviada" y las "Horas Marianas".

Vivía de limosnas, de las cuales rehusaba cualquier exceso, postulando apenas el sustento de cada día. Buscaba los apaderos solitarios. No aceptaba lecho alguno que no fuera una tabla pelada y, a falta de ésta, el duro suelo.

Así deambuló largo tiempo. Fue creciendo el prestigio. Ya no seguía solo. Seguíanle en la ruta sin rumbo los primeros adeptos. No los llamaba. Llegábanle espontáneamente, felices de pasar con él los mismos días de privaciones y miserias. Erán, por lo general, gente ínfima y sospechosa, recia al trabajo, farándula de vencidos de la vida, avezada en la vagancia y la rapaña.

Uno de los adeptos cargaba con el templo único, entonces, de la religión minúscula y naciente: un nicho tosco, de cedro, encerrando la imagen de Cristo.

En las paradas, por los caminos, sujetábanle al tronco de un árbol y, genuflexos, rezaban. Entraban con él, triunfante alzado, en los villorrios y poblados, en medio de un coro de letanías.

Así se presentó el Conde, en 1876, en la villa de Itapicuru de Cima. Disfrutaba ya de una gran popularidad.

Lo dice un documento expresivo publicado aquel año, en la Capital del Imperio.

"Apareció en el sertón del norte un individuo que dice llamarse Antonio Condeheiro, y que ejerce gran influencia en el espíritu de las clases populares, sirviéndose de su exterior misterioso y hábitos ascéticos, con los que se impone a la ignorancia y a la

simplicidad. Dejóse crecer la barba y el cabello, viste una túnica de algodón y se alimenta tenuemente, pareciendo casi una momia. Seguido de dos profetas, se pasa rezando rosarios y letanías, y predicando y dando consejos a las multitudes que reúnen, donde los párrocos le permiten, y moviendo sentimientos religiosos, va arrebatando el pueblo y guiándolo a su antojo. Revela ser un hombre inteligente, pero sin cultura".

Estos dichos, rigurosamente verídicos, de un anuario impreso a centenares de leguas de distancia, delatan bien a las claras la fama que alcanzara.

Mientras tanto, la villa de Itapicuru estuvo a punto de ser el cierre de su carrera extraordinaria. Fué allí, aquel mismo año, que en medio del espanto de los fieles, inopinadamente, fué preso. Determinó la prisión una falsedad que su manera de vivir excepcional y los antiguos desórdenes domésticos, en cierto modo, justificaban. Decían asesino de su mujer y de su propia madre.

Era una leyenda que ponía los pelos de punta.

Contaban que, ésta, abominando a la nuera, se propuso perderla. Revelara, por eso, a su hijo, que era engañado, y como éste, sorprendido, le exigiera pruebas de la falta, se propuso presentárselas sin mayor demora. Le aconsejó que pretextase un viaje cualquiera, permaneciendo, sin embargo, en acecho, en los alrededores, porque vería, por la noche, invadir su hogar el seductor que le deshonrara. Aceptado el arbitrio, el infeliz, cabalgando y distanciándose cerca de media legua, volvió luego la grupa, regresando furtivamente, por atajos poco frecuentados, a un escondite adentro del cogido, desde donde pudiera observar bien y proceder rápidamente.

Allí permaneció largas horas, hasta entrever, en efecto, alta la noche ya, que un bulfo se aproximaba a la vivienda. Vióle acercarse sigilosamente y saltar por una de las ventanas. Y no le dio tiempo para entrar. Le derribó de un tiro.

Irrumpió en seguida, de un salto, en el hogar, y con una nueva descarga fulminó a la esposa infiel, adormecida.

Volvio luego para reconocer al hombre que matara, y vió, con indescriptible espanto, que era su propia madre disfrazada de aquella manera para la consecución de su diabólico plan.

Huyó, entonces, inmediatamente, horrorizado, enloquecido, abandonándolo todo, al acaso, sertón adentro.

La imaginación popular, como se ve, empezaba a novelarle la vida, con un trazo vigoroso de originalidad trágica.

Como quiera que sea, sin embargo, lo cierto es que, en 1876, la represión legal le alcanzó cuando ya se había ultimado la evolución de su espíritu, sumergido del todo en el sueño del que jamás había despertado.

El asceta repuntaba, de una sola pieza, de la rudeza disciplinaria de quince años de penitencia. Se perfeccionaba en aquel aprendizaje de martirios que tanto preconizan viejos lumináres de la Iglesia. Venía de la experiencia brutal del hambre, de la sed, de las fatigas, de las angustias sofocadas y de las miserias profundas. No tenía dolores desconocidos. Su epidermis seca arrugábase como una coraza abollada y rota sobre las carnes muertas.

Muchas veces se asomaba a la muerte de los ayunos prolongados, con un lujo de ascetismo que sorprendería a Tertuliano, aquel sombrío propagandista de la eliminación lenta de la materia, "descargándose de su sangre, fardo pesado e importuno del alma impaciente por huir..."

Para quien se encontraba en este aprendizaje de amarguras, aquella orden de menor importancia. La recibió con indiferencia. Se opuso a que los fieles le defendieran. Entregóse. Le llevaron a la capital de Bahía. Allí, su extraña fisonomía — faz muerta, rígida, como una máscara, sin mirada y vestimenta singularísima, y su aspecto repugnante, de desente negro, y los largos cabellos lacios y polvorientos cayéndole sobre los hombros, enmarañada entre los pelos duros de la barba desmenuada que le caía hasta la cintura, acicataron la curiosidad general.

Pasó por las calles en medio de imprecaciones y persignaciones de los creyentes asustados y beatas transidas de miedo. Lo interrogaron los jueces estupefactos.

Le acusaban de viejos crímenes, cometidos en el terruño natal. Oyó el interrogatorio y las acusaciones, y no murmuró siquiera, revestido de una impenetrabilidad de mármol.

La escolta que lo trajera — se supo después — le apaleaba cobardemente en los caminos. No formuló la más leve queja.

Permaneció en la indiferencia superior de un estoico.

Apenas — y este detalle curioso lo oímos de personas insospechables — el día del embarque para Ceara pidió a las autoridades que le librasen de la curiosidad pública, la única cosa que lo avergonzaba.

Llegando a la tierra natal, reconocida la improcedencia de la denuncia, fué puesto en libertad. Y, en el mismo año, reaparece en Bahía entre los discípulos que lo aguardaban siempre.

Este regreso, coincidiendo, según afirman, con el día que prefijara al ser detenido, adquirió contornos de milagro.

por **Euclides Da Cunha**

Ilustración de **Rechain**

Museo de la Confusión

POR

Anímula Vágula

EN la sección Notas Sociales o Motos Sociales de un papiro doctrinista y madrugador, perteneciente al domingo veintuno de enero, comentando las actividades de ciertas damas y obispos en el desplegado marplatense, se informaba:

En ocasión de realizarse mañana los festejos del día del pescador, instituido por la comisión de Damas Vicentinas, que preside Da. Elisa Alvear de Bosch, se celebrarán diversos actos. Por la mañana se rezará una misa en la Iglesia de la Sagrada Familia, ubicada en el puerto. Terminada esta ceremonia, se servirá un desayuno a las familias de los pescadores en el patio del colegio, siendo atendidas por las señoras:

Elisa Alvear de Bosch, Elvira Honorina Udoando de Sojo, María Eloísa Obejero de Berisso, Adela Atucha de Gramajo, Ana Teresa Ortiz Basualdo de Olazábal, Sofía Pérez de Madero, Marta Unzué de Blaquier, Magdalena Bosch Alvear de Figueroa, Guillermita Oliveira César de Wilde, Teodolina Bosch Alvear de Santamarina, Herceña Cabral Hunter de Anchorena, Helvecia Antonini de Cortezarena, Elvira Pérez de Cranwell, Carmen Marvó del Pont de Rodríguez Larreta, Mercedes Marín de Bosch, Mercedes Avellaneda de Dellepiane, Ena Gallotti de Sojo, Angélica Ella de Estrada y las Srtas. Ana, Elisa y Elvira Udoando.

A mediodía se efectuará una colecta en la rambla y en las playas, tarea que estará a cargo de un grupo de señoras, y por la tarde se realizará una procesión que llegará hasta el puerto, donde el obispo de Cuyo, monseñor Orzáiz, bendecirá las aguas, las lanchas y los peces. Por la noche se efectuará en la dársena de pescadores la fiesta veneciana que hemos anunciado.

Es indudable que el desayuno servido por las aristocráticas familias ha de obtener un éxito rotundo. Ya me las imagino a Teodolina Huntley y Palmers disparar entre toda la servidumbre con un churro atrás de la oreja para obsequiar a un distinguido mojarrista; a Coquimbo Chaiselongue de Díaz Araca hacer maravillas con la nata y el caramello para satisfacer las ansias alimenticias del Rengo Banana o del Pajío Flores en su apogeo, y en general a la comisión de damas sylvianas corriendo de la sala al comedor para dar con el paradero de una cucharita de plata sellada desaparecida en el fragor de la contienda entre buzos, balleneros y otros miembros de la sagrada familia.

También resultará pintoresca la colecta que el grupo de se-



ñoritas efectuará en las playas al mediodía. Según se dice, la recolección de mariscos, algas marinas, resaca, juncos, estalactitas y materias extrañas, va a sobrepasar en mucho a lo obtenido en otras batidas similares.

Con lo único que no estoy de acuerdo es con eso de la bendición de los peces. ¿Qué se pretende con esa medida? ¿Arruinar la industria pesquera dándole ánimos al pez espada, al bagre sapo y al filet de pejerrey? Urge que la comisión de damas solicite los servicios de un brujo adecuado para que maldiga, excomulgue y hechice al pato almeja, la raya eléctrica, el caviar y otros desoves, si no quieren que dentro de poco la fauna marina se haga presente en nuestra vida hogareña y ciudadana, introduciéndose por la camilla del agua caliente, infiltrándose en el filtro, obstruyendo los desagües, impobilizando el centogatas y llenando de escamas el altillo y el jardín de infantes.



En un artículo titulado "La Coquetería Masculina" que en El Hogar correspondiente al 26 de enero firma un señor Julián de Amenábar, hallo el pasaje (de última clase) que sigue:

Y ante tal desfiladero en portingues y arrego muchos hay que han movido melancólicamente la cabeza, atribuyendo al hecho una significación profunda, viendo en ello un signo de los tiempos, alabando las épocas remotas y heroicas en que el hombre — fuerte y audaz — cía a cuero y a sudor de caballo y a carne cruda.

Tiene razón el señor Amenábar, pocas son las personas en la actualidad que pueden vanagloriarse de un penetrante olor a cuero cabelludo o cuero de Rusia y que logran interesar por sus emanaciones equinoceales y su inconfundible aroma a carne cruda. Al señor Amenábar, que con seguridad es uno de los pocos crudos que aun persisten, debe resultarle repulsiva la presencia de los neo dandies que voltean con su tufo a huevos poché, a puchero de gallina, a matambre arrollado, a butifarra frita y a otras variaciones de sus salubrezas maravillosas. Dice más adelante Don Julián de Amenábar:

Dandies han sido, entre nosotros, don Benigno Ocampo, Manuel Quintana, Mansilla; dandy fué Barbey D'Aurevilly, Pedro Telex Giron, duque de Osuna, Balzac, Eduardo VII, Roberto de Montesquieu, el hermoso Brumel.

A pesar de la aseveración del informante, creo que pocas veces el duque de Osuna, Balzac, el hermoso Brumel (a quien seguramente confundió el articulista con el horroroso Kümmel) y demás personajes citados, han pernocoado mucho tiempo en suelo argentino. Agrega después:

De éstos y de otros mostrare la traza, tratando de que su retrato se asime de un poco del encanto que a la vida supieron otorgarle estos aristócratas del gusto que son siempre dandies, gasten levita, armadura o toga. Que una persona logre gastar una levita y hasta una toga, puedo aceptarlo, pero que llegue a gastar una armadura, me parece excesivo. Ni aunque la cepille con Pulio, la planche con papel de lija y la cuelgue con piedra pómez.

Refiriéndose al cafiolo vidilla que se llamó Benigno Ocampo, expresa Amenábar, moro de la morgia:

Pero claro está que don Benigno — como todo el que ha encerrado en fronteras de cris-



tal o de acero su naturaleza humana (que es en tantos puntos naturaleza animal) — tenía un desahogo de la extravagancia, de las pasiones contenidas, de los apetitos educados: el cuello.

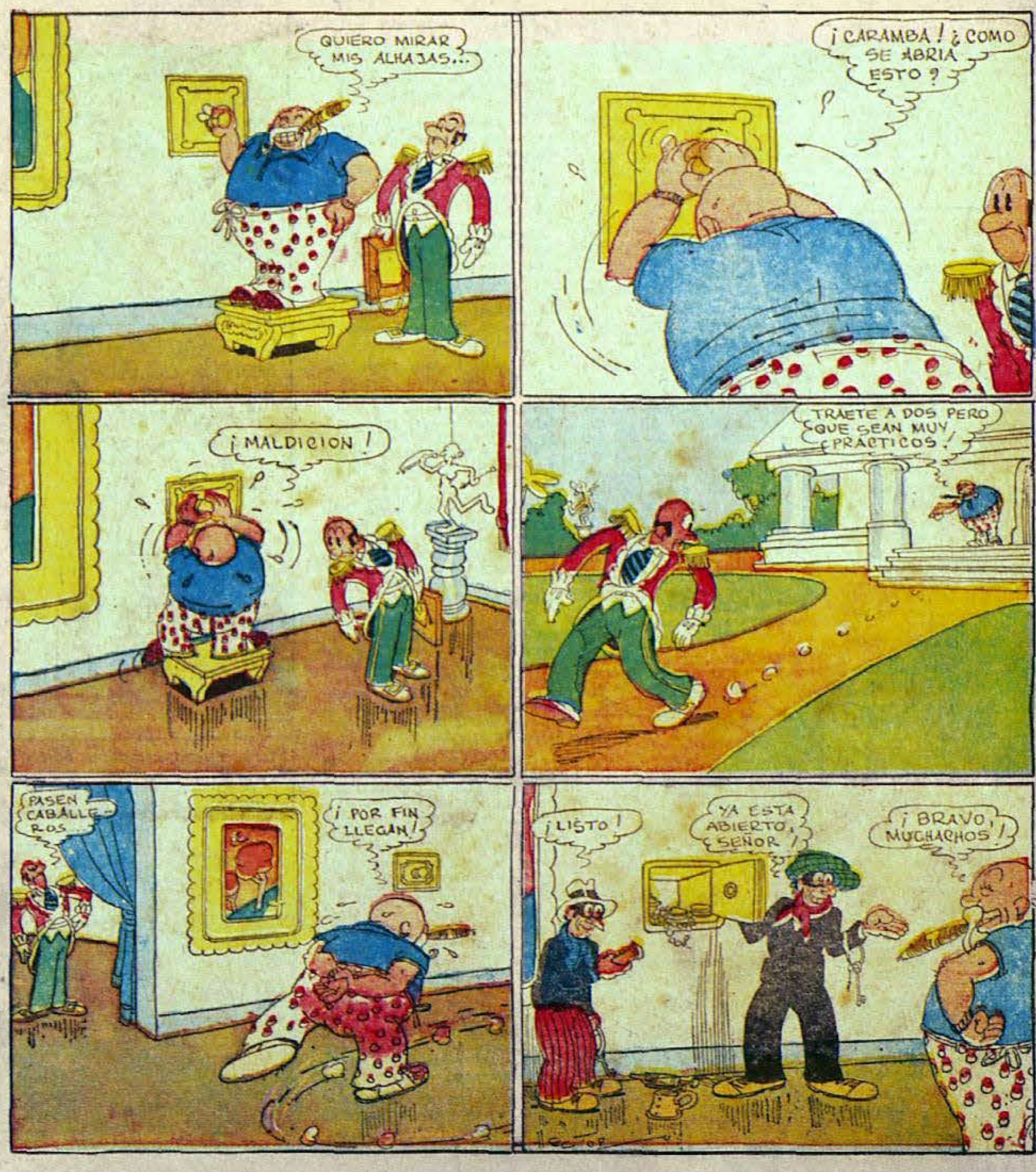
Es de lamentar que el articulista no haya encerrado su naturaleza humana en fronteras de cristal o de acero, así por lo menos no hubiera evitado el forjarnos una idea equivocada sobre las pasiones contenidas y los apetitos educados en relación a la lechería, los puños postizos y la camisa a tablas. Amenábar nos refiere luego una anécdota de Don Benigno en una confitería de Mango en la calle Florida, y que termina con las siguientes palabras en boca del high-life Ocampo:

—Arrastraron el coche, empujándolo... escupieron en las alfombras... Es terrible. ¡Hemos pasado de calzar el escarpín de baile a dejar que se nos metan en el salón con bota de potro!

Con seguridad el distinguido orejano en conserva de la anécdota ignoraba que es imposible arrastrar una cosa empujándola, por la misma razón que es imposible tragar una cosa escupéndola. Sobre la parte final en que se cita el escarpín de baile y la bota de potro, diré solamente que ambas costumbres resultan igualmente chocantes. Si una persona desea utilizar cualquier clase de calzado, lo justo y lo elegante es que utilice un par de zapatillas, de escarpines o de botas y no que se dedique a andar en media de un lado y de zapatería en el otro.



El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez





La Oveja Mora

El horizonte enrojecido enciende los campos del oeste. Un viento bajo y continuo levanta la arena de los médanos velando la inmensidad de la pampa. Anochece.

—¿Che, Ramón, qué hora es...? ¡Y tu madre que no llega! —Encerraste los animales? —Sí.

—¿Dónde? —En el "lote de la iglesia".

Como el pueblo era nuevo, sólo tenía nombre lo que iba a ser: Iglesia, escuela, municipalidad y a don Reguna, porque era el más viejo de los pobladores, le habían dado permiso para echar los animales en los lotes del municipio.

Su casa: dos cuartos, un corredor todo techado de cine y una cocina de material recién hecha. Esta es la obra de mi mujer, decía don Reguna, golpeando con la mano las paredes frescas. — orgulloso de ser el marido de doña María.

Ahora mostraba la cocina a todo el que caía por ahí, como el año pasado había recorrido con minuciosas precauciones el jardincito de malvones y rosas, pero lo que miraba con respeto y sorpresa, era la enredadera de campanillas azules y rosadas que envolvía el alambrado que encerraba la huerta — obra de doña María, también.

Don Reguna estaba preocupado y mas no teniendo a su lado a su mujer. Sentía esa tarde como decía él: "algo que me afloja y tengo que sentarme" lo que no le costaba nada. —Buenas noches, don! —Un hombre a caballo se había parado en la puerta.

—¿De dónde venís, Domingo? —De la estación. —¿Hay novedad?

—Manda decir doña María, que recién de mañana vendrá. —¿Qué decís muchacho? y nosotros qué hacemos ahora! —Y, don, "la rusa" está a los gritos.

—¡Hijo! traiga mate, pues. Estaba nervioso, era un buen pretexto para matear a su gusto. Doña María le mezquinaba "el vicio".

El viento los hizo entrar a la cocina, porque venía desmenuciendo las nubes que se habían amontonado por la mañana en el horizonte.

La puerta de la cocina se cerró de golpe. —Me parece que este viento saca agua, dijo Reguna.

—Buena suerte pa la "rusa", dicen que en cuanto afloje la tormenta, don José es padre... ¿Se sirve? — Domingo le ofreció cigarrillos.

—Gracias, bueno le haremos gusto. — Así que don José es el padre, miró en que lo se ha metido.

Era una noche de vela para todo el pueblo; como en los días que había fútbol, se olvidaban las pequeñeces diarias entre vecinos para formar dos bandos bien unidos.

La vía del tren había partido en dos al pueblo y de cada lado hacia cabecera un almacén.

Para ellos, lo mejor estaba del lado en que vivían: los mejores pastos; los animales más gordos, las mejores muchachas y los más guapos mozos. Y los chismes, saltaban la vía sin descanso...

El bolichero de la izquierda (mirando de donde llega el tren de Buenos Aires), estaba de malhumor porque hacía dos

POR
Ilustración de Rechaín
Griela Baliero

días que su rival y colega de la derecha tenía mucho movimiento en el almacén; sentado en la puerta del suyo veía entrar constantemente gente.

Los dos bandos comadreaban juntos, porque en seguida se supo que "la rusa" había hecho llamar a Doña María — a pesar de que ésta era del lado izquierdo — para que la asistiera en el trance.

Así fue el asombro de Doña María y de los vecinos cuando la llamaron pero, había una razón imperiosa, "la señora" de su bando se había negado a asistir — siendo ella amiga de Don José — porque se corrían rumores poco decentes: las comadres de uno y otro bando, la habían visto hablando con un extraño.

Don José se enteró del asunto por la negativa de "la señora".

Desde temprano en el "boliche" tomaba vino porque no sabía qué decisión tomar: echarla como le decían sus vecinos, o dejarla en su casa, como decían los vecinos del otro bando.

Don Reguna sacó coraje del susto que tenía encima y le dijo al muchacho: —¿Vamos a tomar unas copas, antes de que se largue a llover?...

Montaron sus caballos y enderezaron al boliche.

Los rumores poco decentes se habían convertido ya en certidumbre y se discutía la paternidad de Don José, con el mismo apasionamiento que el domingo último se discutía un "goal".

En bando de la izquierda quería que el hijo fuese de Don José por contradecir a "la señora" de la derecha y vecina de "la rusa" y el de la derecha quería que se confirmasen las sospechas del extraño (del que decían era moreno, y sólo de noche y de lejos le habían visto) de rabia a que Doña María, buena mujer, había corrido a asistirle.

Doña María, digna como era, no dejó entrar a nadie al cuarto de "la rusa" y cuando na-

ció el chico mandó buscar al marido. —Don José, alcoholizado, lloraba y contaba la felicidad que tenía con su mujer y en seguida gritaba e insultaba a medio mundo. —Don José, lo buscan. —¿Quién? ¿Qué hay? —Don José, Doña María lo llama.

Se puso rojo, de alcohol y rabia y enpujaba la mesa como si quisiera atravesarla, con esa insistencia en el gesto del borracho, que encuentra resistencia a lo que se le ocurre.

Claro que había algunos más "frescos" que se entretenían en sacarlo de quicio.

Reguna, al oír que Don José prometía la muerte a unos y otros, le dice, apoyando la mano en su hombro: —¿Pero, amigo, no ha visto en una majada Lincoln nacer una oveja mora?

—¿Tiene razón? Y salió Don José, contentísimo, a abrazar a su mujer.

La lluvia alargaba la noche. Don Reguna contaba cosas y no había uno de los presentes que no conociese zarios, en la estancia de Don Fulano, también en la majada de Don Mengano...

Los ánimos se tranquilizaron, y más de uno roncaba profundamente. Amaneció. La vía separaba el pueblo y cada vecina en sus quehaceres y los hombres en el campo.

Reguna le decía a su mujer. —A mí me lo podés decir, ¿de qué color es el chico?

—Igualito al padre — le contestó Doña María con una voz sin réplica.

—Bueno, me voy a llevar la chata al herrero.

No tenía Reguna mayor curiosidad, pero si le preguntaban en el boliche o la mujer del herrero, que estaría en el taller esperando que él pasara, ¿qué contestaría?

Esta era la intriga de los dos bandos: si era blanco o si era moreno.

Doña María sólo decía: "Es igualito al padre". No la podían sacar de ahí y no se animaban a hacerle más preguntas porque la capacidad de respeto que tenía la guardaban para Doña María, eso sí.

Y ella contestaba así para ser la única, por unos días, naturalmente, que conocía el secreto. Cuando la llamaron había corrido a atender a "la rusa" no sólo porque era "su profesión", sino que, picada por lo que se decía, sería ella la primera en saberlo.

Hay que ver en el campo lo que significa de prestigio ser el primero en un chisme o en una noticia, pero, también, qué exigencia, cuando le llega el turno de una "degracia" como les llaman: una hija que se escape o un hijo que se insolentó y lo echaron o una paliza propinada a su mujer en una borrachera.

¡Cuánto cuidado para que no trascienda, cuánto disimulo, porque saben que el mismo hambre que tienen ellos con lo que les sucede a otros, esos otros lo tienen con lo que les sucede a ellos. Sin embargo, la vida pegada a la tierra, limpia, y en poco tiempo se olvidan aunque los recuerden siempre, estos sucesos.

Más de una vez mirarán al chico, unos buscando rasgos de Don José, y otros... "La rusa" dirá: es igualito a su abuelo.

